

A LOS 10 AÑOS PROLETARIA



por Alfredo Gravina



SEMBLANZA DE JULIA AREVALO



SEMBLANZA DE JULIA AREVALO



PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION POR ENRIQUE RODRIGUEZ

Cuando me solicitaron que escribiera un breve prólogo para este libro de Alfredo Gravina, sobre nuestra inolvidable Julia Arévalo, no tenía el libro en mis manos. Los archivos de la dictadura fascista que soportamos diez años, tal vez puedan dar cuenta del ejemplar que muy modestamente engalanaba mi biblioteca hasta 1973.

Entre el anuncio o pedido y la entrega del libro, hice intensos esfuerzos para memorizar los rasgos de este trabajo.

Creía recordar que no era una biografía, sino más bien una crónica y testimonio, eso sí, muy vívido, muy atrayente y con ese contagioso hálito humano que, en general, es el tono de toda la obra literaria de nuestro querido escritor Alfredo Gravina.

Cuando me entregaron un original, al leerlo luego de tantos años y con la emoción y el cariño que es de suponer, comprobé complacido que aquella sensación de la memoria se confirmaba. Este libro no tiene de biográfico más que las referencias obligadas a las etapas de la vida de Julia, desde su precoz juventud de obrera hasta su espléndida madurez de dirigente popular y de ejemplar militante revolucionaria.

Claro que me encontré de inmediato con una segunda dificultad. Es difícil decir algo sobre hechos que están tan bien descritos en el libro de Gravina.

¡El libro y no el prólogo es lo que hay que leer! El libro habla por sí solo.

Este trabajo fue escrito y llega hasta 1970. La entrañable crónica de Alfredo Gravina, gran narrador, acompaña la vida de esta mujer recia, tierna, modesta y orgullosa de su origen, valiente y temeraria a pesar de su indisimulable aspecto y costumbres de ama de casa, de madre, de esposa y de abuela.

Sí, el libro llega hasta 1970. Un año después, en febrero de 1971, nacería el Frente Amplio, por los cauces que Julia y tantos hombres y mujeres abrieron desde el comienzo del siglo, tal como lo narra Gravina al seguir a grandes zancadas y no paso a paso, la vida y la lucha de esta singular figura revolucionaria.

Ese cauce había conducido al fin a un gran objetivo estratégico para el Uruguay: la forja sobre bases sólidas de una fuerza unitaria, popular y nacional que se plantaba desafiante, plebeya, artiguista, a disputar de igual a igual con el bipartidismo tradicional, hasta entonces considerado insuperable.

No es el motivo de estas líneas calificar la trascendencia de este hecho histórico. Cuando él acaeció, ya Julia era septuagenaria. Hay una anécdota que dice mucho acerca de Julia y su espíritu revolucionario. Tengamos en cuenta ese dato que hemos dado de su edad y el otro dato que ya en 1973, dos años después, se instauraba la dictadura fascista y Julia era conocida como figura públi-

ca y como revolucionaria desde hacía más de medio siglo. Podremos entender entonces su entusiasmo ante el nacimiento del Frente Amplio, con toda su enorme carga de hechos trascendentes y como objetivo político estratégico que guiaba todo el quehacer de Julia y de su partido, desde el XVI Congreso de 1956.

Podremos entender, repito, lo que ella me dijo más de una vez en el exilio, con esa voz nublada y a la vez grave:

"Tuve la suerte que no tienen todos los luchadores sociales: la de ver coronada con éxito una etapa, un escalón importante y decisivo de la causa a la cual se entrega la vida entera".

Agreguemos que también tuvo la alegría de ver con sus ojos, la victoria democrática antifascista, la legalidad de su Partido, en 1984, poco antes de dejarnos. Entenderemos entonces, cómo luego de una vida ejemplarmente sacrificada, y de una ancianidad siempre indómita, esta venerable personalidad mostraba en sus ojos, aún en sus últimos días, el brillo inconfundible de quien puede decir que ha cumplido y el de un luchador satisfecho por la obra que deja a sus continuadores.

Veamos esa última foto de Julia, en la portada del libro. Ella refleja esta actitud espiritual de que estoy hablando.

La revisión de este trabajo, casi 20 años después y aunque el personaje ya no se encuentre entre nosotros, no podría prescindir de la contribución que Julia prestó en este decisivo período de viraje de la historia del país. Porque eso fue siempre para quienes la conocimos, como si para ella los años no pasaran.

Todo el oscuro y duro período del pacheco de 1968 a 1972, lo ha vivido ella intensamente, sobre todo participando en múltiples organizaciones de mujeres que resistían los avances reaccionarios que iban vaciando la democracia bajo Pacheco e iban abriendo paso a la dictadura que se implantó en 1973.

Junto a su actuación en decenas, tal vez en cientos de asambleas o en diversos períodos como edil en la Junta Departamental de Montevideo, en el Partido, en la UJC, principalmente ante las mujeres —que se agrupaban ya contra la reacción creciente—, en mitines donde su voz matizada pero siempre recia y cálida, a pesar de los años, enfervorizaba a muchedumbres con frases como latigazos que culminaban siempre conceptos: "NO PASARAN" "NUNCA COMO AHORA EN LA UNIDAD" "LA UNIDAD POPULAR VENCERA AL FASCISMO".

Y a la vez, con una apelación continua y martillante, contra la oligarquía, contra Pacheco y Bordaberry, los tráfugas, como ella los denominaba.

En ese tiempo crucial, cuando el peligro del fascismo ya no era solo una amenaza sino una posibilidad, el tono de su oratoria era amplio y antifascista, como correspondía al momento que se vivía. Pero algo de su primera época volvía a refulgir como auténtica expresión de su origen y formación proletaria. En su enérgica, apasionada y arrebatadora elocuencia combativa, la obrera comunista, la militante internacionalista de la década del 20, la luchadora intrépida por España Republicana o de la ayuda a la Unión Soviética, reaparecía en la vibración emocionada que convocaba a las nuevas generaciones obreras, estudiantiles, femeninas, a cuidar como el más preciado tesoro la integridad revolucionaria frente al enemigo de clase y a su expresión más siniestra: el fascismo. La dictadura encontró a Julia en su puesto de lucha ... ¡siempre!

Y aunque no hubo de enfrentarse directamente a los verdugos en la cámara de torturas, nunca quiso estar lejos del lugar donde se peleaba. El Partido quiso resguardarla de los esbirros fascistas y le aconsejó el exilio. Cumplió sin demasiado convencimiento y durante un tiempo, ese mandato. Vivió peripecias difíciles, complejas, de clandestinidad, ella ¡tan conocida!, quien durante medio siglo actuó en la solidaridad exterior con su inmensa autoridad. Pero al poco tiempo pidió al Partido, volver, volver al Uruguay. A su tierra, con sus obreros, con sus luchadores, con su Partido, entonces clandestino, también con sus hijos y sus nietos, sus muchos nietos. ¡Y volvió! La dictadura no se atrevió a tocarla. Ella y su familia, durante los años de represión siempre encontraron el ca-

mino de la acción solidaria, de la ayuda oportuna y Julia no escatimaba su voz de protesta en la feria, en el almacén o en la calle, ante los desmanes dictatoriales, animando siempre a la resistencia. Llegó a ver, ya muy quebrantada su salud, la derrota de la dictadura. Y se nos fue . . . un 18 de agosto de 1985.

La recuerdo austera y concentrada, hermosa en su ancianidad como demuestra esa foto en sus últimos días, recibiendo la visita de los dirigentes del Partido, de las delegaciones extranjeras visitantes del país, de sus vecinos, de las organizaciones femeninas.

No es fácil decir con propiedad que es lo más que nos duele, porque se fue y qué es lo que más apreciamos de lo mucho que nos dejó.

Yo doy primacía a lo que creo que es lo principal en un militante revolucionario: su fidelidad a los principios, su fe en la clase obrera, su internacionalismo, su instinto de clase. Hace poco, para mi sorpresa, he visto publicado en la revista ESTUDIOS, un escrito de Julia Arévalo en 1921, un artículo sorprendente, por muchos sentidos. ¡Casi asombroso!

Un breve artículo escrito en el año 1921, por una joven obrera de 23 años, saludando el triunfo de la primera revolución socialista de la historia: la revolución que encabezó Lenin, en la vieja Rusia de los Zares.

¡Cuántos enjundiosos artículos, de las mejores cabezas y de las mejores plumas literarias del Universo, se han escrito sobre aquel acontecimiento que conmovió al mundo y que hoy sigue en el centro primerísimo de la escena mundial!

Pero esta sobria y austera definición clasista, esta rotunda afirmación principista de diáfana visión histórica presiente el mundo nuevo que nace en brazos de su clase, la clase obrera. Escrito por una adolescente obrera uruguaya cuyo bagaje literario, el que conocemos, es una muestra de su clara inteligencia, de su sabia certidumbre en sus opiniones, aparte de su casi increíble tono de alegato, de canción de gesta, de convocatoria, de llamado heroico a cambiar el mundo de bases con pasión, con energía, con idealismo. Rescatamos esta vibración pristina, idealista.

¡Firme roca en la cual nuestra Julia había concretado su personalidad tan singular! Es como su lenguaje, ese recio lenguaje y actitud clasista que se pulió sin empobrecerse cuando la vida y la lucha la llevaron a altos puestos de gobierno, como parlamentaria, o a grandes foros internacionales o a jornadas de solidaridad con España en el Ateneo de Montevideo, cuando su oratoria levantaba en vilo a un público de profesionales, de políticos, de intelectuales, que se encontraban por primera vez con un planteo así de plebeyo, pero lleno de sabiduría y de optimismo histórico. Sí, como enseñanza ante tanta perfidia y confusión sobre el sectarismo de la oratoria o de la acción comunista vigente entonces, vigente hoy día con nuevos matices, el ejemplo personal de Julia es respuesta muy apropiada. Nada tan comunista, o más comunista que Julia Arévalo. Su voz era de verdad de comunista. Pero, el planteo, la vida personal de Julia, su origen social, su oratoria cálida y reivindicativa, humana, criando con amor a sus hijos y familiares, con su sencillez casi espartana, hacen y hacían imposible acusar de sectarismo o de ajenidad de los comunistas sobre lo nuestro, sobre lo de Artigas, sobre lo de nuestra tierra, sobre nuestro pasado.

Julia era pueblo, pueblo abierto, diáfano. La voz comunista de Julia por ser de los comunistas era el llamado a la Unidad tan necesaria antes entonces, ahora, siempre.

Leer este hermoso trabajo de Alfredo Gravina, los versos que Julia inspiró a poetas de valía, testimonios revolucionarios de 1921, produce una alegría, que ensancha el corazón.

Por eso, es que los comunistas no la lloramos, la recordamos, la veneramos y deseamos que todos los comunistas y todos los patriotas conozcan su vida y sigan su limpio ejemplo.

Enrique Rodríguez
Montevideo, Marzo de 1987

El presente trabajo es periodístico. Al decirlo, no aludimos a calidad, sino a género, o sea que no ha sido abordado con criterio historiográfico, fuera de los alcances del autor. Tampoco se trata de una biografía novelada, aunque incluya no pocos episodios novelescos. Se trata, pues, de una crónica sobre la vida de Julia Arévalo realizada en base a materiales diversos, principalmente a testimonios verbales y escritos de sencilla comprobación. En todo caso, probables errores de detalle no bastarán para alterar lo esencial: el periplo vital, político, social, humano, de esta singular mujer uruguaya, de esta comunista ejemplar. Al menos, esa es la esperanza del autor.

Necesariamente, por estar ligada la figura de Julia Arévalo al Partido Comunista durante medio siglo como fundadora del mismo que es, el autor ha recurrido también a materiales del Partido y a conceptos recibidos del mismo a fin de conferir a la crónica sobre una personalidad el trasfondo histórico y político que la sustenta.

Dentro de una línea cronológica muy flexible, si bien perceptible, frecuentemente se han alternado episodios del pasado y el presente en el intento de responder a las exigencias de la amenidad y el dinamismo del relato.

El autor expresa aquí su profundo agradecimiento a todas las personas que han colaborado para que este trabajo fuese posible.

A.G.

UN HUMILDE ORIGEN

Si nacer en el seno de una familia de ganaderos apenas medianos, acordonados por el latifundio, frustrados en su ideal de progreso, en medio de un paisaje donde a la larga priman la desolación y la tristeza, es tener un origen oscuro, oscuro es el de Julia Arévalo. Pero, ¿importa el origen? Lo que importa, názcase en cuna de oro o názcase en un jergón, es luego la dirección y la claridad de una vida. Del mismo modo que importan los factores internos y externos que conducen a un ser humano por tales o cuales caminos.

Hablemos entonces del padre de Julia, Roberto Arévalo. Estamos a fines del siglo pasado, cuando se intensifica el desarrollo del movimiento obrero con la afluencia al país de inmigrantes de Italia y España, muchos de ellos corridos por la represión en Europa. Traen sus ideales anarquistas, su prédica anticlerical, influyen sobre el joven Roberto, que ha cumplido el ciclo escolar y además se convierte en buen lector de Víctor Hugo, Emilio Zola y otros escritores de ideas avanzadas par la época. Hoy, a los setenta y dos años de edad, Julia, con labios temblorosos, evoca con hondo reconocimiento el carácter liberal del pensamiento de su padre y lo útil que fue para su formación intelectual.

Allá en Barriga Negra, departamento de Lavalleya, junto a siete hermanos, Roberto Arévalo ayuda a su padre en las tareas del campo. Contrae matrimonio, vienen los hijos (Julia nace el 1o. de julio de 1898) y, naturalmente, la tierra no da para tantos. Hay que independizarse. Roberto Arévalo marcha con su familia a la ciudad de Minas en busca de nuevos horizontes. ¿Pero qué? Minas es una ciudad pequeña, sin industrias, como casi todas del interior en aquella época, salvo la construcción. Recién ha comenzado en el país la sustitución de los saladeros por los frigoríficos, no tienen muchos años las primeras vías férreas, la incipiente industria está radicada fundamentalmente en la Capital. Consigue, y eso es todo, convertirse en cochero, noble oficio, máxime si se considera que la tracción a sangre sigue siendo el principal medio de transporte de la época. No obstante, a la muerte de su padre, deja de conducir damas de botitas de broche y grandes sombreros ornamentales y caballeros de galerja y bastón amaestrados. Retorna al campo. Reviven sueños y fulgores de progreso. Vende las cien cuabras que le tocan como herencia, para comprar ovejas y trabajar con ellas en un campo que arrienda.

Y ahí está de nuevo la pequeña Julia con los suyos, en la vetusta casa familiar, en Barriga Negra, al pie de un cerro de piedra. Cerro y morada tienen esa inmovilidad sobrecogedora y terca de las cosas antiguas construidas sin arte. La desolación, el silencio, las distancias, imperan. No hay vecinos cercanos, no hay visitas, no irrumpe en el aire dormido del domingo el traqueteo de un sulky o un charret cargando gente que traiga las buenas de Dios, o las malas, que si las malas no tocan de cerca al que las recibe, por lo menos lo ilustran.

Hay, sí, una cachimba algo distante de la casa y cercana a tres túmulos de piedra, cada uno con su cruz, donde reposan tres hermanos de sangre muertos en la guerra civil de 1897. ¿Reposan? Es un decir; porque si Julia y su hermanita mayor eran muy niñas todavía para sentir el terror y la

angustia de la guerra, la que en 1904 se repite, no lo son para sentirlos cuando en las tardecitas, baldeando en la cachimba, un estremecimiento de la piedra al enfriarse, un susurro sigiloso parten de las tumbas.

Y el miedo no viene sólo de las tumbas; está en todas partes, ubicuo y pertinaz, donde hay y donde no hay peligro, y se le mete a uno adentro como una lagartija en el zarzal. El largo camino de la escuela, adonde concurre Julia con un hermano menor, es el camino del miedo: vacas, carneros, perros se aproximan con guampas y colmillos a las indefensas figuritas albas que van campo traviesa con más susto en el pecho que palotes en los cuadernos.

Pero su padre confía en prosperar. Y su madre, Adela Suárez, hija de un tropero, ya no se ve obligada, como en la ciudad, a trabajar de modista, dar comida a pensionistas y hacer pasteles para la venta callejera, todo a la vez, a fin de contribuir a la endeble economía familiar. Ahora hay esperanzas. Hasta que un invierno terriblemente frío, de heladas y largas lluvias, diezma las ovejas, y es el comienzo del derrumbe. Dos años más tarde Roberto Arévalo remata lo poco que le queda y decide su traslado a Montevideo.

CAMBIO DE PANORAMA

El traslado se produce en 1907, año de terminación de la primera presidencia de José Batlle y Ordóñez. Con la muerte de Aparicio Saravia en la guerra de 1904 había desaparecido el caudillismo militar en el campo y el país recobra su unidad política al perder el Partido Blanco la dirección de siete departamentos, que ejercía desde 1897. Terminaba el largo período de las dictaduras militares y se iniciaba la era del desarrollo industrial, las obras de vialidad, la extensión cultural. El avance del movimiento obrero, en lucha continua, determina la creación del Partido Socialista y de la Federación Obrera Regional Uruguay, en la que predomina la orientación anarquista. Pero cuando Julia y su familia arriban a la Capital, el gobierno de Claudio Williman, si bien da cima a parte del programa de Batlle y Ordóñez, se caracteriza fundamentalmente por sus concesiones al imperialismo británico y su sañuda represión del movimiento obrero.

Poco tiempo prosigue la niña su instrucción primaria (en la hoy, escuela Rpta. del Paraguay), pues aunque su directora, Florinda Treviño, le cobró un gran afecto y la distingue por su inteligencia y contracción al estudio, viendo en la alumna a una excelente futura maestra, otro es el destino de la pequeña Julia Arévalo. En su hogar la necesidad golpea con puños de coloso. El jornal de su padre como peón, en la ex estación Pocitos, de la compañía británica de tranvías, no alcanza. Tampoco alcanzará cuando luego cambie ese empleo por otro en la Escuela de Veterinaria, hoy Facultad. Así que al cursar el cuarto año Julia se despide para siempre de la escuela primaria. Otra será su escuela, otro su aprendizaje. La fábrica la espera.

A LOS DIEZ AÑOS PROLETARIA

A los diez años de edad, y con una jornada de diez horas diarias, Julia trabaja en una fábrica de fósforos que existía en la calle Méndez Nuñez, ¡por diez centésimos al día! Perfecta trinchera del diez en la explotación humana.

Sin embargo, eso no es todo. A los seis meses Julia y su hermana mayor, de 13 años, pasan a prestar servicios en la fábrica de cigarros toscanos de la firma Santarelli, ubicada en la antigua calle Lepanto, hoy Diego Lamas. Y entonces hay que soportar, siendo unas niñas, la estupidez, la procaacidad de lenguaje de un patrono que amparado en la inexistencia de organización gremial en su fábrica y la falta de fuentes de trabajo, se cree autorizado para dirigirse a sus obreras como pudiera hacerlo un ebrio iracundo en un lenocinio. Hoy, en 1970, a nadie se le ocurriría, por ejemplo, que las mujeres no pudieran votar; entonces, en la segunda década del siglo, a muy pocos se les ocurría lo contrario. La mujer era una sierva en el hogar y si trabajaba afuera, sierva también en la fábrica.

Hablamos de una dolorosa experiencia de Julia niña, y ello no significa que todos los patronos trataran en forma soez a sus operarias; sin duda había quienes las explotaban con la sonrisa en los labios. Julia no tuvo esa "suerte". Mientras despallila las hojas de tabaco el patrón suelta su repertorio de obscenidades. Y hay que tolerarlo pues la nimiedad que ganan ambas hermanas es indispensable para cuerppear la miseria en el hogar. Y debe sufrirlo la madre, contener su indignación y pedirle a las hijas que no se lo cuenten al padre. Este las retiraría de la fábrica, y entonces, ¿cómo parar la olla de una familia con ocho hijos? Pero, justo es decirlo, está la contracara de la humillación, y es el cuidado que algunas obreras mayores tienen para con ambas hermanitas, la solidaridad proletaria, ese manantial inagotable que se manifiesta de mil maneras y que será luego el emblema de la vida de Julia Arévalo ya que, ¿existe una forma superior de solidaridad proletaria que la de entregar la vida entera, sin ningún retaceo, a la causa de los trabajadores y del pueblo?

Bien; el padre trabaja; la madre realiza toda la tarea del hogar y cose para afuera hasta que, en la alta noche, se le pegan los ojos; las hijas mayores trabajan. He ahí el cuadro. Sólo que faltan algunos detalles. Por esa época la familia vive en la calle Tiburcio Gómez casi Miguel Martínez y para ahorrarse la locomoción las niñas cubren a pie la larga distancia que hay hasta la fábrica. En invierno salen de noche, por calles despobladas y barrosas, y vuelven también de noche. Llevan su comida para almorzar en la fábrica a fin de aprovechar mejor el tiempo.

Pasan algunos años, Julia es ya una jovencita de buena presencia, de bello y severo rostro y obtiene como su hermana, en un trabajo a destajo de diez horas, algo más de un peso diario.

¿Para quién viven Julia y su hermana? ¿Para quién, entre horario de labor y caminatas de ida y vuelta, hacen sus doce horas diarias? Aparentemente para la familia, porque sin su aporte no se sustenta. En realidad, viven para la fábrica. Para la succión capitalista. Para mayor gloria de la plusvalía.

SU PRIMERA HUELGA

La primera guerra mundial acarrea en el Uruguay la paralización de muchas industrias dependientes de la materia prima extranjera. Numerosos obreros quedan sin trabajo. No obstante, como los frentes bélicos reclaman tabaco, pues desde los generales hasta los soldados rasos deben cuando menos fumar, para mejor morir, aquí se produce un auge de la industria tabacalera.

— Sobre la explotación de que éramos víctimas acá y la sangre de los que morían en los campos de batalla, amasaban riqueza los fabricantes y exportadores — dice Julia, ahora, sentada a su sencillo escritorio donde una efigie de Lenin contempla desde su plaqueta de bronce un florero con azaleas, que la propia dueña de casa cultiva en un rincón de su patio, junto con helechos y espárragos. Porque esta mujer que combina admirablemente en su rostro la severidad, la firmeza de carácter con la simpatía y la cordialidad, esta mujer absorbida siempre por múltiples tareas políticas y sociales —y familiares como veremos después— ha amado siempre las flores, se ha dado tiempo para cultivarlas. Quien conozca el antiguo y pequeño apartamento que arrienda desde hace años en la calle Colonia, se dará cuenta de que su patiecito cerrado no es precisamente apto para cultivos florales. Pero ella lo hace.

No pocos obreros desocupados encuentran trabajo en la industria tabacalera, que hasta el estallido de la conflagración en Europa absorbía casi exclusivamente mano de obra femenina. Esta circunstancia coadyuva a promover una huelga por mejora de salarios. Es la primera huelga en esa rama y la primera en la que participan Julia y su hermana mayor. Es también la primera vez que Julia se enfrenta a la violencia policial, encarnada esa ocasión en un arma blanca de histórica tradición represiva en el mundo entero: el sable. El sable, el mismo de histórica tradición emancipadora cuando la gesta de la independencia. El sable, que en una humanidad liberada del infierno capitalista, sólo resplandecerá en la nobleza de los deportes viriles.

¿Con qué armas respondieron los huelguistas? Con las primarias: las piedras. Las inertes piedras, así dinamizadas, enaltecidas por la valentía proletaria.

La huelga, que duró varios días, se ganó. Pero Julia y su hermana, consideradas cabecillas, fueron despedidas. La debilidad de la organización obrera en ese sector y su falta de experiencia no ofrecían bases para que impusiesen su reposición. En verdad, el movimiento obrero venía desarrollándose con altibajos, entre flujos y reflujos. Predominaban en los puestos de mando de la Federación Obrera Regional Uruguaya los anarquistas, quienes tenían, como es sabido, una concepción voluntarista, pequeñoburguesa de la lucha de clases, y esa circunstancia —de origen histórico— obstaculizaba la unidad del proletariado y la gestación de una conciencia de clase en profundidad capaz de objetivar las enseñanzas teóricas del marxismo, muy poco conocido aquí en aquel entonces, por no decir ignorado.

¿TRABAJO Y ESTUDIO?

Evocación textual de Julia Arévalo, una de las raras personas que a edad avanzada destierra de las mentes —en cuanto a ella se refiere— esa palabra tristonra, crepuscular, grisácea, de “ancianidad”, aún cuando se la quisiera acompañar de nobles adjetivos; evocación acompañada de ademanes expresivos y de alguna sonrisa, pero sin dramatismo:

— Pese a que la industria tabacalera se estaba desarrollando considerablemente, era muy difícil encontrar trabajo, máxime siendo una huelguista despedida. Sin embargo, las necesidades familiares exigían nuestro aporte. ¿Qué remedio? Luego de un largo deambular por distintos talleres reiniciamos nuestra labor en la fábrica “Cadorna”, situada en Joaquín Requena y Palmar. Tras un período de trabajo dimos comienzo a la tarea de organización y a la lucha por aumento de salario. Y también se me expulsó de allí.

No habla de las angustias de la familia durante los interregnos en que está desocupada, en que los ingresos disminuyen. Prosigue:

— Luego encontré trabajo en “El Toro”, en Agraciada y más tarde en una fábrica de la calle Huidobro. Para llegar a ella tenía que caminar desde Tiburcio Gómez y Miguel Martínez hasta Garibaldi y Aldea (Hoy avenida Italia) a fin de tomar el tranvía 18, que nos dejaba en la estación Reducto, y de ahí nuevamente a pie hasta Millán y Huidobro. Era tremendo el sacrificio. Había que salir muy de madrugada por el camino que hoy es calle Anador, entonces el barrial era perma-

nente, bordeado a la derecha por quintas y a la izquierda por el Campo Chivero, hoy parque Centenario; y luego trabajar, darle al almuerzo contados minutos para obtener un salario mediano y emprender el regreso no demasiado tarde dadas las condiciones del camino y el lugar. Era una verdadera esclavitud. Desde el amanecer a la noche en viajes y trabajo.

Punto. Una sonrisa. Tras la sonrisa, ¿quizás una sombra de nostalgia? Porque hay un interludio:

— Durante los primeros años de mi actividad en las fábricas, la directora de la escuela del barrio habló con mi padre para convencerlo de que me permitiera estudiar. Ella se comprometía a prepararme para el estudio “libre”, como era factible en aquellos tiempos. Estaba dispuesta a convertirme en maestra de escuela primaria, sin ningún desembolso para mi familia, gratuitamente. Y empecé de nuevo el estudio, sólo que con una condición; salía tres días por semana más temprano de la fábrica a costa de haber trabajado más los días anteriores a fin de no disminuir mis entradas. Estudiaba hasta altas horas de la noche. Acompañaba así a mi madre. Mientras ella cosía yo le cebaba mate sin descuidar el estudio.

Una pausa. Termina el interludio:

— Pero no pude resistir tanto esfuerzo mucho tiempo. Además las necesidades de mi familia aumentaban conforme iban creciendo mis hermanos menores. Así se frustraron tanto los planes de la directora como mis planes de seguir estudiando, que había empezado a abrigar. Al igual de lo que sucede hoy con tantos muchachos y muchachas, que si bien algunos pueden pasar por el Liceo o la Universidad del Trabajo, el pasaje es fugaz la carestía de los estudios y la imperiosa necesidad de trabajar arrasan sus sueños.

¿Qué podríamos agregar a este verídico cuadro? Que hubo unas décadas durante las que aquellos que pudieron estudiar, culminar sus estudios de profesiones y oficios, pudieron también, mal que bien, trabajar, emplear sus conocimientos en bien de la comunidad, devolver al pueblo lo que el pueblo gastó en su educación. Hoy no hay ocupación —las causas son notorias—, y los técnicos emigran, para realizarse como tales o para no morir de hambre. Los que permanecen aquí —una forma de la heroicidad— hacen cada vez más conciencia de que si les han cerrado las puertas a su profesión o su oficio, en cambio se les han abierto las de la militancia por una patria que jamás el viento se llevó ni llevará: la que asentándose sobre los genuinos valores del pretérito y del presente edificará la sociedad socialista. Julia sabe bien, y no se lo ha oído quien no quiso, que tal tarea no reposa en algunas reformas epidérmicas, sino en cambios profundos y radicales.

PADRE, CAMARADA, AMIGO

Al arribar a Montevideo, Roberto Arévalo es un hombre bastante escarmentado respecto a los caminos de progreso que brinda el país a quienes carecen de capital pero no de escrúpulos. Pero aún contra tal circunstancia —e impulsado por la misma— conserva sus inquietudes políticas y sociales, las que naturalmente tienden a conjugarse con las de la nueva clase a que pertenece: el proletariado. No tarda entonces en romper, sin titubeos, con el Partido Colorado para afiliarse al Partido Socialista.

Pero ese hombre de fuerte temperamento no se contenta con su propia militancia. Lleva a Julia casi niña a mitines y asambleas, desafiando los prejuicios de la época, desdeñando las acerbas críticas. Antes de cumplir los quince años Julia está afiliada al P. Socialista y actúa en el Centro de la décimo octava Sección de la Calle Rivera frente al jardín zoológico. ¡Con qué ardor milita junto a su padre! ¡Con qué juvenil entusiasmo participa en la lucha! Su padre no es sólo su padre, es también su camarada y amigo. No le ha sido a él posible, a despecho de todos sus deseos, consagrarla al estudio —y eso sin duda le ha dolido mucho—, pero la ha iniciado en un camino que no dará jamás lugar al arrepentimiento. Al contrario. Cuenta Julia:

— ¡Cuánta alegría experimenté cuando organizamos aquella huelga de tabacaleros! ¡Cuánta alegría y cuánto orgullo cuando, por primera vez, hice uso de la palabra en una asamblea de costureras de prendas militares! —y moviendo la cabeza pensativamente añade—: Yo le tengo a mi padre un enorme agradecimiento: el de haberme iniciado en las lides políticas.

Y para pasar a otra cosa se pasa la mano por su cabellera corta peinada hacia atrás, la misma cabellera corta y peinada hacia atrás que muestran sus fotografías desde jovencita hasta nuestros días. Porque su femineidad, traducida en múltiples detalles, no necesitó o no tuvo tiempo nunca de echar mano a la coquetería vulgar y a los torbellinos de las modas acuñadas en París y otras metrópolis del Viejo Mundo.

AMBIENTE HOSTIL

Roberto Arévalo muere joven, a dos años apenas del ingreso de su hija al Partido Socialista. No le están reservados a Julia solamente el dolor filial, el dolor camaraderil. A ellos se suma el te-

mor atroz a que la madre se opusiera a su militancia. Porque la militancia política aunque en parte se realice en el lugar de trabajo, necesita de la noche como la piel de los poros, más en aquella época en que la prolongada lucha del movimiento obrero acaba de culminar en la sanción de la ley de las ocho horas, pero, ¡cuándo no!, prosigue para su aplicación en la práctica. ¿Está bien que una jovencita de 17 años, para colmo de agraciada presencia, regrese a su hogar a medianoche por calles en tinieblas y sitios despoblados, más tétricos todavía? ¿No son legítimos los temores de cualquier madre?

Pero eso no es lo peor. Están los prejuicios, incubadores de la calumnia; está la calumnia, monstruo de cien bocas infernales. Era a la sazón algo insólito la actividad política de la mujer, y si se trataba de una jovencita ¡brenos Dios! ¿Qué epítetos denigrantes, qué procaces rumores no atraía sobre sí? Todo ese potaje ponzoñoso llega a oídos de la madre. La reacción, zorra vieja, trabaja en ese sentido, explota los prejuicios, la ignorancia, la ingenuidad de mucha pobre gente.

— ¡Antes prostituta que socialista! —llega a proclamar ante la madre un familiar.

Y bien. ¿Es un conflicto entre madre e hija que puede resolverse mediante la obediencia de una a otra? ¿O por la desobediencia de la hija a su madre? Si la obediencia, la mortificación de la hija será motivo de mortificación para la madre. Si la desobediencia, la mortificación de la madre será motivo de mortificación de la hija.

Afortunadamente la solución superó el probable dilema. La madre, mujer de espíritu liberal, profundamente respetuosa de la memoria de quien le había dado ocho hijos y confiada en el proceder de Julia, venció sus temores, asimiló la hostilidad ambiental. Eso sí, exigió que nunca la joven volviese sola a su casa por la noche.

Durante algún tiempo un viejo militante, muy amigo que fuera de Roberto Arévalo, aunque no habitaba cerca de la casa de Julia, se prestó a acompañarla. Hasta que un día, cercado por la miseria, y pese a la campaña en contra que realizaban el Partido y la clase obrera, se enganchó para ir a trabajar en la explotación del café en Brasil. ¡Oh las voces de sirena de los esclavistas del capital! Al poco tiempo encontró la muerte dejando allá a la mujer y los hijos en el desamparo y la miseria más absolutos.

Se movieron distintos resortes para rescatarlos y se hizo una colecta pública en las que vemos a Julia en primerísima línea. De aquel verano brasileño retornan al fin la madre y sus dos hijos convertidos en espectros. Helos ahí: cruda imagen de la expoliación, motivo de dolor, pero también de odio a un sistema que para salir de la prehistoria del hombre habrá que deshacerse de él, si se nos permite, modestamente, recordar a Marx.

En el trabajo gremial, político, de solidaridad de clase está la práctica, que la joven combina con ávidas lecturas de materiales políticos. Ahí está la clave de su futuro revolucionario: teoría y práctica, en la medida que se lo permite su tiempo, bien precario. Lo que falte lo suplirá con un "instinto" de clase muy agudo que aún hoy día puede percibirse tras su vastísima, variadísima experiencia de luchadora.

En definitiva, la viuda de Arévalo termina por habituarse a la actividad de una hija cuya vocación revolucionaria no reconoce vallas, cuya contribución al sostén del hogar no sufre mermas, cuya conducta moral bloquea todo infundio.

CONTRA LA GUERRA, POR EL PAN

Hoy, cuando algún desperfecto paraliza en un mitin a los amplificadores, los técnicos se apresuran a reparar la falla, so pena de finiquitar intempestivamente el acto o darle un giro imprevisto. Durante la primera conflagración mundial los altoparlantes brillaban por su ausencia. A pecho y garganta era la cosa. En concentraciones numerosas era a veces necesario levantar dos o tres tribunas simultáneas para que los asistentes pudieran participar más que con su mera presencia. Foto-

graffas de la época muestran un público generalmente mucho más apiñado junto a las tribunas y en una actitud de mayor concentración que el de la actualidad. ¿Acaso esos públicos eran más atentos, más amantes de la oratoria? No. El de ahora, gracias a los altavoces puede moverse, buscar su comodidad, cambiar un saludo sin perderse el discurso.

Y ahí tenemos a la joven Julia ensayando el poder de su garganta y de su pecho, ora encaramada sobre el clásico cajón de querosene, ya sobre la mesa cedida por un patrón de café, ya desde algún balcón que una familia generosa —no necesariamente partidaria o simpatizante— autorizaba a utilizar.

El Partido Socialista denuncia la guerra imperialista por el reparto del mundo, la matanza de millones de trabajadores en provecho de los grandes monopolios internacionales, aunque no se pronuncia contra la actitud de los líderes socialistas de la Segunda Internacional, quienes, con excepción de los del Partido Bolchevique —que lanzaron la consigna de transformar la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria—, traicionan los acuerdos del Congreso de Basilea. Los mismos que habían resuelto que “sería un crimen que los obreros se pusieran unos contra otros”, se plegan a sus gobiernos burgueses y azuzan la matanza. (Justo es acotar que en medio de esa deserción casi general se alzaron contra la guerra el Partido Socialdemócrata Búlgaro, el Socialdemócrata Servio, entre otros, así como algunas figuras prominentes de la socialdemocracia alemana).

La joven oradora de plazas y esquinas es fogosa y concreta. No sabe de metáforas ni malabarismos verbales. Va adquiriendo un estilo personal que la distingue. Muchas veces en la oratoria política la repetición de los temas es inevitable, y lo que salva al orador es su estilo, amasado con la experiencia, la verdad, la fe. Pero no sólo en la oratoria avanza. Colabora en el periódico “El Socialista”, donde escribe un artículo censurando a los jefes socialdemócratas arrastrados por la marea del chovinismo. El artículo pasa. Sólo que en el número siguiente se publica una salvedad de la dirección expresando que no comparte los puntos de vista expuestos por su colaboradora.

Con modestia comenta Julia sobre el particular:

— Claro que yo era demasiado joven todavía, aún no tenía argumentos muy de fondo para sustentar mi opinión, y desde luego que no era costumbre formular críticas a los miembros de la dirección del Partido, aunque fuese de modo indirecto.

Naturalmente, el aprendizaje de oradora de la joven no se limita a los tópicos de la guerra, sino que éstos van entrelazados con los problemas del país. Se incrementa la exportación de carnes, lanas, cueros y otros productos que reclaman los frentes de guerra. Pero quienes obtienen la parte del león son los terratenientes, los capitalistas, mientras la población trabajadora soporta el congelamiento de sueldos y salarios y el encarecimiento del costo de la vida. Y allí hubo mucho paño para cortar. Aún mismo dentro de su Partido, los enemigos de la corriente que encabezaba Batlle y Ordóñez, aliados con la reacción, imponen sus intereses, desatan la represión contra el movimiento obrero, procuran aislarlo, y lo consiguen en gran medida del resto de la población trabajadora. Pudo en ciertos períodos, el sable policial no soporta la oscuridad de la vaina.

INTERLUDIO RECREATIVO

La fábrica, la militancia sin pausa, las presurosas lecturas, la colaboración en las tareas del hogar, ¿son todo? ¿No le toca en suerte a esta joven un poco de esparcimiento? ¿Es acaso de temperamento reacio a las diversiones corrientes?

Nada de eso. Sin embargo, se alfan a la carestía y las necesidades de un hogar numeroso que ha perdido a su jefe, para dificultar a la joven luchadora la exigua cuota de solaz que su condición social y sus compromisos le conceden. Por de pronto, hay que vestirse para salir de paseo. No se trata de que ella, como cualquier obrera —sobre todo joven—, aspire para los domingos un mo-

delito para "impactar". Va a la feria con su madre y sus hermanas, y así como adquiere zanahorias, papas y cebollas, uno de esos días tiene dinero, juntado moneda sobre moneda, para comprar bolsas de azúcar vacías.

¿Y qué? ¿Saldrán repasadores de cocina más baratos de esas bolsas? No señor. Saldrá un vestido. Con una madre modista, capaz de confeccionar un primoroso vestido que las buenas anilinas de aquellos tiempos tiñen del color preferido, ya está. Sólo que ése es el único vestido de batalla y de lucir. El domingo por la mañana, bien temprano, se lava bien lavadito, se tiende a secar y, por favor, que no llueva, que no esté el aire cargado de humedad, así se seca, se plancha, y entonces sí, bendito sea Dios (es un decir) estamos prontas para salir de paseo por la tarde.

¡Y qué paseo! Con alguna amiga llegan felices hasta la calle Rivera y caminan por ella, entonces despoblada, sin lucir más que su sólido empedrado, hasta el almacén "El Liberal", en la esquina de Larrañaga. Este es el punto de mayor concentración humana de la zona, donde la juventud puede florecer un poco, beber una cerveza o una gaseosa de bolita. Julia no, Julia no puede darse el lujo, el gusto de oprimir con el dedo la bolita para excarcelar el dulce líquido espumoso. Pero eso no importa. Desde pequeña se ha habituado a las privaciones, a la sobriedad. No estamos hablando pues, de lo que para otros es dolorosa renuncia.

En alguna rara oportunidad pudo ir al teatro —en esa época el cine aún no había llegado al Uruguay— gracias a que una amiga periódicamente les ofrecía entradas gratuitas para el "18 de Julio". En alguna rara oportunidad, porque la mayor parte de las veces el gasto insignificante del boleto traviario resultaba excesivo para el ceñidísimo presupuesto familiar. ¡Pero qué satisfacción compensadora, qué felicidad las ocasiones en que, sentada en los cómodos asientos de aquellos estruendosos carricoches marcha hacia el centro, observándolo todo con su siempre fresca curiosidad, para penetrar al fin en la magia de una sala teatral!

Hagan un esfuerzo de abstracción las últimas generaciones: ni cine, ni radio, ni televisión. El gramófono a cuerda —esa antigualla— es entonces un lujo que sólo se pueden permitir las familias acomodadas. No, en los hogares proletarios no hay pianos ni pianolas ni gramófonos. Si acaso, a veces, la música se refugia en una guitarra barata o en alguna armónica de boca a la que se arrancan aires europeos nimbados de remembranzas.

LA REVOLUCION DE OCTUBRE

El derrocamiento de la dinastía zarista en febrero de 1917 inicia la revolución democrático-burguesa en la vasta Rusia "cárcel de pueblos". Es un acontecimiento de repercusión mundial, cargado de expectativa, de dinamita. ¿Hacia dónde va esa revolución? Los caprichos de la historia han determinado en ella una extraña dualidad de poderes la simultaneidad de la dictadura de la burguesía y la dictadura democrática revolucionaria de los trabajadores urbanos y campesinos.

Está claro que las masas desposeídas y explotadas del mundo entero ven o intuyen en el poder de los soviets de obreros, soldados y campesinos la apertura histórica de su propia liberación. Está claro que la oligarquía rusa e internacional ven en ese poder compartido un peligro mortal que desde el pique tratan de conjurar. La dualidad no puede ir muy lejos: o se impone el poder de la burguesía o se impone el de los soviets. La consigna leninista de "Todo el poder a los soviets" responde a las posibilidades reales en los primeros meses de un tránsito pacífico del poder a manos del pueblo. La lucha ideológica y política de los bolcheviques en el seno de los soviets —donde predomina la influencia de los mencheviques y social-revolucionarios claudicantes— hará el resto, no es posible exigir a las masas populares que recién se han incorporado, surgiendo de la oscuridad y la ignorancia, a la vida política, una conciencia inmediata de semejante fenómeno histórico. De este modo, y dadas las condiciones excepcionales de ese primer período de la revolución, mediante el trabajo de los bolcheviques, se transitará de la dictadura democrática revolucionaria de los trabajadores de la ciudad y el campo, a la dictadura socialista del proletariado.

Tales son las concepciones de Lenin, vuelto a Rusia luego de nueve años de destierro durante los cuales ha continuado dirigiendo a su partido y desarrollando en múltiples trabajos la teoría marxista. Se trata pues, de llevar a la práctica la doctrina de la posibilidad del triunfo de la revolución socialista en un solo país; se trata de confiscar sin indemnización a los terratenientes, se trata de otorgar la autodeterminación a los pueblos subyugados por el imperio de los zares y arrastrar a sus masas explotadas a la revolución.

Este programa revolucionario, así como las duras luchas internas que se plantean en el Partido de los bolcheviques contra los oportunistas y capitulacionistas por un lado, y los extremistas por el otro, son desconocidos o casi en el Uruguay, como en tantas partes del mundo. Los hechos bélicos colman las páginas de los diarios, el partidismo a favor de la Entente se excita a toda máquina, las noticias sobre todo lo que está sucediendo en el interior del ex imperio de los zares se escamotean, no llegan y cuando llegan, los jirones de verdad están sepultados entre montañas de mentiras. Hay que pergeñar la imagen de un gobierno burgués dispuesto a desembarazarse a toda costa de los alucinados bolcheviques.

Pero el fantasma que recorre Europa anunciado por el "Manifiesto Comunista" de 1848, lejos de esfumarse, prosigue su recorrida, no se puede tapar con el poncho. Cuando a principios de julio de ese prodigiosamente intenso año de 1917, a causa de la precipitación de las masas hambreadas y enfurecidas por la falta de cumplimiento por parte del segundo Gobierno Provisional de programa de transformaciones revolucionarias y a causa de la traición de los mencheviques y otros grupos entregados a la burguesía, cambia la correlación de fuerzas y triunfa la contrarrevolución echando por tierra con la dualidad de poderes, entonces, a inspiración de Lenin, los bolcheviques proclaman la consigna del poder a manos del proletariado.

Y los alucinados bolcheviques actuando en la clandestinidad, con numerosos dirigentes en las cárceles y el destierro, ferozmente perseguidos, al frente de los obreros y soldados toman el poder en octubre de ese mismo año.

Es la primera revolución socialista de la historia.

Si de pocos hechos pudo antes enterarse Julia Arévalo —como millones de obreros— ahora las cosas son distintas. Serán inútiles las andanadas de escepticismo en papel impreso, las profecías derrotistas, las voces de sibilas, las "lúcidas" invocaciones a la falta de saber y de experiencia de la clase obrera para gobernar. Del mismo modo que será en vano ocultar el pánico de los capitostes de las potencias imperialistas ante el fantasma que se ha corporizado y ocupa su trono, desde el cual destruye implacablemente el aparato del Estado burgués, liquida el régimen feudal de la tierra, proclama los derechos de todos los pueblos de Rusia, concede a las mujeres la igualdad de derechos, crea el Ejército Rojo, camina velozmente, en lo político, social y económico a la construcción del socialismo.

Pero dejemos a Julia rememorar sus impresiones. Como es una mujer que a lo largo de su ya larga vida jamás supo lo que es perder el tiempo, sino lo contrario, ganarlo, ¿nos molesta acaso que mientras habla teja con hábiles manos un buzo para su nieta? Quizás sea molesto para quien tenga de ella una visión esquemática, simplista y no pueda compaginar con la imagen de una incansable dirigente política, una enérgica oradora, una ex senadora de la República, la imagen del ama de casa desvelada que es y siempre fue.

— El 7 de noviembre, con el anuncio de los cañones del crucero "Aurora" —dice con su voz de mezzo-contralto, bien modulada y articulando con su habitual claridad— triunfaba al fin el proletariado abriendo una nueva era en la historia de la humanidad, ¡Qué indescriptible emoción, qué inmensa alegría! La era de la liberación del proletariado, del término de la explotación del hombre por el hombre. Los trabajadores del Uruguay, como los del mundo entero, recibimos con júbilo sin límites esta noticia. Por fin se plasmaban los sueños de cuantos luchábamos por liquidar la explotación y pasar a ser dirigentes de una sociedad justiciera.

No olvidemos: quien evoca la repercusión, en esta tierra, de la Revolución Socialista, tiene hoy más de 50 años de combate, tenía en aquel entonces 19 años de edad y era víctima de la explotación desde que cumpliera los 10. Quien vea en sus palabras retórica revolucionaria, cuídese de librarse de sus prejuicios retóricos —y de otros—.

— Al fin se vislumbraba firmemente que la clase obrera podía dejar de ser esclava y sirvienta de la burguesía. Y no por milagro. En la sexta parte de la tierra el proletariado protagonizaba la más grande hazaña de los siglos. ¿Cómo no íbamos a sentir alegría? ¿Cómo no íbamos a sentir mayor esperanza, mayor fe que nunca?

La joven que con razón presume de andar ataviada con vestidos hechos de tela de bolsas de azúcar contempla con dichosa admiración la foto de Lenin en sus modestos despachos del Smolny, del Palacio de Invierno, y más tarde del Kremlin. ¡Qué cercano y qué lejano todo al mismo tiempo! Sueña. Arde por combatir! Ansía ver extenderse la revolución por todo el mapa terrestre. Ama a los desconocidos héroes populares de la proeza rusa, ama más que nunca a sus camaradas uruguayos. No sospecha que andando el tiempo será recibida con abrazos y aplausos en territorio de la U.R.S.S. más de una vez, y conquistará el afecto y la admiración de miles de mujeres y hombres soviéticos. No es una muchacha ambiciosa, no es una individualista. El clavel rojo, símbolo de la revolución socialista, arde en su corazón.

LA REVOLUCION DE OCTUBRE EN URUGUAY

A semejanza que en otros países, el anarquismo en el Uruguay es adverso a todo Estado, a todo poder, no reconoce la dictadura del proletariado como medio inexcusable para aplastar a la burguesía. Al principio recibe con entusiasmo la revolución social rusa en la creencia de que se confirman sus teorías: ha sucumbido el Estado en Rusia. ¡Aleluya! Pero no tarda en saberse que el proletariado crea un nuevo Estado socialista, donde ejerce su dictadura de clase.

Entonces estalla en el seno del anarquismo y de la clase obrera influida por esa tendencia una tremenda polémica, no pocas veces sazonada con golpes y sangre. Los ortodoxos no quieren siquiera oír hablar del Estado y ven el diablo en la dictadura del proletariado.

Por otro lado están los semi heterodoxos, en particular los anarco-sindicalistas, que apoyan la revolución aunque propugnando no la dictadura del proletariado a través de su organización de clase, el Partido Bolchevique, sino la dictadura sindical.

Dentro del Partido Socialista las cosas ofrecen mejor cariz. En su composición social son minoritarios los afiliados de extracción y mentalidad pequenoburguesa, por lo general intelectuales adictos al reformismo. La dictadura del proletariado los intimida. Coquetean con la revolución, muchos, pero desconocen al proletariado, en el fondo le temen y no desean un cambio radical de estructuras que altere su "modus vivendi". Ya en aquella época su caso no es original. Este grupo se manifiesta en contra de la revolución socialista. La mayoría, en cambio, compuesta por los trabajadores del Partido y un conjunto de intelectuales que conservan con gallardía el título de tales —y cuyos nombres lamentablemente no está en la naturaleza de este trabajo mencionar—, se pronuncia decididamente en favor de la Revolución de Octubre.

Por supuesto, esta exposición de la polémica en filas anarquistas y socialistas es necesariamente sinóptica. Se procesa encarnizadamente durante el período que va de fines de 1917 hasta casi fines de 1920, pasando por la creación en 1919 de la III Internacional comunista. Y ello en medio de duras luchas de los gremios obreros del Uruguay por mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, tanto en la Capital como en el Interior.

¿Debemos decir que Julia está con el sector de su Partido que apoya la Revolución de Octubre? ¿Debemos decir que siempre está allí donde un sindicato hace huelga, donde se levanta el sable policial?

Oigamos sus propias palabras:

— Podría decir que en todo ese período no hubo conflicto, movilizaciones, mitines donde yo no participara. Las huelgas eran violentas, la policía se hacía sentir, utilizaba provocadores para facilitar su intervención. Pero se obtenían victorias no sólo por la justeza de los reclamos y la decisión de los trabajadores, sino también por la solidaridad, que era un signo de sentimiento proletario.

Se va pasando, no sin grandes esfuerzos, no sin altibajos, del método de la acción directa, propio del anarquismo, a la participación masiva de los gremios en las decisiones de lucha, es decir, a la experiencia de la lucha sindical del conjunto de los trabajadores, escalón indispensable para la adquisición y el afianzamiento de la conciencia de clase del proletariado y de la fuerza que confiere la unidad.

Si es por esa experiencia, la joven Julia Arévalo tiene hasta para obsequiar. Quitándole horas al sueño, lee apasionadamente cuanto folleto, cuanto libro cae en sus manos, sintiendo que debe llenar lagunas, mares, en su ansia por llegar a la esencia, a los fundamentos de la teoría revolucionaria. Pero nada la arredra. Posee una vocación revolucionaria, un olfato de clase capaz de guiarla certeramente en cualquier evento.

LA HUELGA GENERAL SANGRIENTA DE 1918

Transcribimos textualmente el relato que, bajo este título, un testigo directo de los hechos, nos ha hecho llegar. Luego escuchamos la versión de la propia Julia.

Dice así:

"El triunfo de la Revolución Rusa había encendido el entusiasmo revolucionario y la combatividad de la clase obrera, también en el Uruguay".

"A la gran huelga marítima, de 9 a 10.000 obreros, sucedió la huelga tranviaria de agosto de 1918. En el feudo de los ingleses, dueños del Tranvía, la huelga era como una explosión. Porque los "misteres" sofocaban, despiadadamente cualquier tentativa de formar sindicato obrero".

"Al estallar la huelga, los coches que salían —pocos—, bajo fuerte escolta de soldados armados a máuser, eran detenidos o atacados por los obreros en lucha".

"El primer día, la policía mató a un obrero. En el sepelio de éste, que atrajo un impresionante cortejo, con estandartes de los sindicatos, la policía cometió un nuevo crimen, pero los obreros se defendieron valerosamente".

"El primer domingo de agosto, la vieja FORU y los sindicatos todos, declararon la huelga general, que prácticamente paralizó la ciudad".

"En un choque con la tropa que escoltaba los tranvías, otro obrero fue muerto de un tiro, el lunes al mediodía, en el cruce de las calles Rondeau y Uruguay".

"La indignación obrera, a partir de ese momento, fue indescriptible".

"Numerosas refriegas se produjeron ese día y al día siguiente entre obreros y fuerzas armadas".

"El martes por la tarde, se convocó una gran demostración obrera en la Plaza Independencia. Concurrió la más grande multitud de trabajadores que había conocido Montevideo hasta entonces".

"En la atmósfera se adivinaba el olor a pólvora. Mientras los oradores obreros, desde lo alto de la Fuente Cordier, lanzaban su airada protesta, en frases encendidamente revolucionarias, llamando al pueblo trabajador a la lucha contra la opresión de los pulpos capitalistas, los coraceros, en 18 de Julio y Andes, atropellaban con sus caballos a la muchedumbre. Esta respondió derribando de sus cabalgaduras a varios *cosacos* y rechazándolos enérgicamente".

"De inmediato sonó un clarín y la tropa que estaba al lado del Hotel Barcelona (hoy Plaza Hotel), comenzó sus descargas de fusilería sobre los trabajadores que nuevamente se defendieron con valentía. Entre la plaza y el Mercado Central, fueron asesinados dos trabajadores más esa tarde".

"La reacción que se desató a continuación, fue furiosa. La huelga general finalizó el día jueves, quedando en pie la de los marítimos y tranviarios. La primera triunfó ampliamente, luego".

"Pero no mucho tiempo después la policía y la prensa de la capital *descubrieron un complot revolucionario* y la constitución de un *Soviet* ruso, con un *Presidente de la República Soviética* y su *comisario de guerra* irusos naturalmente!"

"Con ese pretexto, no solamente se atacó y saqueó locales obreros, se aprisionó y torturó a numerosos trabajadores, sino que se desencadenó una infame persecución contra extranjeros, llegando a deportar un grupo de pacíficos trabajadores rusos y judíos, los que, como luego se comprobó, habían sido víctimas de la histeria represiva".

"¡Qué hermosa página, ésta de la huelga general de 1918! Remarcamos: ella surgió de las llamaradas de la revolución socialista victoriosa, de las ansias y esperanzas de redención que encendió en los corazones obreros, también en América Latina, vilmente explotada por los monopolios imperialistas y las oligarquías nativas".

Aludiendo al referido acto de la Plaza Independencia, Julia recuerda:

— En esa oportunidad me vi obligada a meterme debajo de la Fuente Cordier, que ocupaba en la Plaza Independencia el sitio donde hoy se levanta el monumento a Artigas. El acto se desarrollaba en medio de la huelga general y la plaza estaba cubierta literalmente por un gentío imponente.

Con los ojos en alto subraya el espectáculo de aquella masa humana, muchas decenas de miles para cubrir un área tan vasta como la de dicha plaza, y prosigue:

— En 18 de Julio y Andes se produjo un violento choque con las fuerzas represivas. Yo me encontraba junto a la tribuna, porque había sido designada para hablar. Ya lo había hecho Frugoni. Entonces comenzó el tiroteo. Frente a la Casa de Gobierno había un emplazamiento de ametralladoras. ¡Fue algo terrible! La gente corría, a la desbandada, de un lado para otro, entrechocándose, sin saber dónde refugiarse, en medio de los estampidos de las armas de fuego. Hubo muertos y heridos.

Hace una pequeña pausa para pasar de lo general a lo particular:

— De pronto un compañero que ya no existe, atento al peligro, me agarró de un brazo y echamos a correr, con la intención de abandonar la plaza hacia el antiguo café La Giralda, donde está ahora el Sorocabana. Corríamos, cuando un coracero a caballo nos corta la retirada y descarga un terrible sablazo, dirigido a mí; pero el compañero se interpuso, cubriéndome, y recibió el golpe.

¿Por qué el golpe iba destinado a ella? Julia se limita simplemente a consignar esa circunstancia. Debemos añadir que a esa altura ya es una combatiente muy conocida, que ha exhibido su figura y hablado en centenares de actos públicos.

— Tuvimos que retroceder —continúa—. Yo intenté bordear la plaza, frente a la Casa de Gobierno, pero nos alertaron a los gritos que no cruzásemos por allí porque nos iban a tirotear. Volvimos en dirección al centro de la plaza, en medio de la enorme confusión reinante. Pero antes, ¡qué episodio amargo me tocó presenciar! Había unos viejitos . . . De eso no me olvidaré nunca en la vida . . . —Su voz se entrecorta aquí por la emoción—. Unos pobres viejitos que habían venido a tomar el sol, y allí se mantenían, quietitos en sus bancos, esperando que pasase aquella batahola. . . Los "guardianes del orden" los empezaron a golpear despiadadamente. Ellos gritaban que nada estaban haciendo, que no los maltrataran, pero siguieron golpeándolos bárbaramente. . . Bueno, lle-

gamos a la fuente Cordier, al sitio de partida. La fuente tenía debajo una usina, y el cuidador nos invitó a refugiarnos en ella. Así lo hicimos. La usina estaba llena de gente, gracias a los buenos oficios de aquel cuidador.

Una llamada telefónica, tan corta como cordial, introduce un paréntesis en el relato, que deriva hacia un insólito detalle:

— No me olvidaré nunca. Entre aquella gente reconocí a Rodríguez Fabregat, un jovencito como yo entonces, más o menos.

Luego añade, risueña:

— Igual no nos salvamos de los palos. Irrumpió la policía en la usina, obligando a toda la gente a evacuar el sitio. Nos preguntaban el nombre y qué estábamos haciendo. Bueno, yo di el nombre de Lola Suárez, me parece, no sé, y dije que sólo pasaba por la plaza, que no sabía nada de nada de lo ocurrido y entonces nos permitieron salir.

Ríe al evocar este final, y haciendo memoria prosigue, en tono que no oculta la emoción:

— ... Recuerdo que el Comité de huelga a veces se reunía en el Centro de Panaderos, creo que en Uruguay y Médanos. Entonces asesinaron a otro obrero. Ese año 18 fue bravo. Se hallaban en huelga los tranviarios. El obrero se cruzó en la vía para impedir el paso de uno de los pocos coches que circulaban con guardias armados. Fue en Uruguay y Rondeau. Desde la plataforma lo mataron de un balazo. Cuando velábamos al obrero, en el Centro de Panaderos, una antigua casa con un patio enorme y estábamos prontos para partir rumbo al cementerio, la policía nos atacó disparando hacia adentro desde la calle. Disparaban sus armas aprovechando el gran portón, abierto, que daba al patio. Hubo siete heridos de bala. Sin embargo, cuando un coracero quiso penetrar por el portón; un obrero (yo no sé de dónde saca fuerza a veces la gente) arrancó un adoquín, porque el patio era adoquinado y lo arrojó del caballo al suelo. Al fin salimos rumbo al Cementerio Central acompañando al muerto, y cuando ya nos hallábamos a sus puertas, nos sorprendió un sonido de clarines. Tocaban al ataque con clarín. Eran unos salvajes.

Actualmente, —se le ocurre a uno— las fuerzas represivas guardan mayor respeto por ese instrumento musical: no lo usan cuando cargan, disparan, hieren y matan a la gente. Líber, Susana, Hugo, Recalde, ¡Presente!

LA III INTERNACIONAL Y LA FUNDACION DEL PARTIDO COMUNISTA URUGUAYO

Hemos dicho que la carencia y la mixtificación de materiales sobre la Revolución de Octubre, la escasísima circulación de textos marxistas, en un medio donde aún predominaban los libros de teóricos del anarquismo, sus periódicos y sus métodos de lucha, no hacía fácil un pronunciamiento correcto de la clase obrera sobre el nuevo estado socialista. Pero también que los hechos, por su trascendencia histórica, por su dinámica poderosa, terminarían por iluminar la conciencia de millones de hombres y mujeres en el planeta.

El Uruguay no fue una excepción. Acontecimientos como la fundación de la III Internacional, en marzo de 1919, en Moscú, y luego las veintiuna condiciones para el ingreso a ella de los partidos socialistas, operaron como un eficiente divisor de aguas.

Por abrumadora mayoría y tras prolongados debates en todas sus instancias, el Partido Socialista aceptó las condiciones, que obligaban a una postura ideológico - política auténticamente revolucionaria, libre de oportunismo y reformismo.

En todo este proceso, las condiciones concretas de la existencia de Julia Arévalo, su experiencia proletaria, su vocación revolucionaria, sus sentimientos internacionalistas la conducirán

por el camino justo. En la fábrica, en la tribuna, en las asambleas, reuniones, mitines, en todo momento y a toda hora está librando la batalla. No ha podido ir más allá del cuarto año escolar, dispone de textos doctrinarios marxistas, actúa en un ambiente donde pesan las tradiciones anarquistas y anarco-sindicalistas y el nacional reformismo batllista se dirige a las masas trabajadoras con tan subyugante voz de sirena que impregnará durante largos decenios la vida política uruguaya. No importa. Julia defenderá el nuevo Estado proletario en su guerra contra los guardias blancos y las potencias interventoras, bregará por el desarrollo del Partido Comunista Uruguayo — que así pasa a llamarse el Partido Socialista por imperio de una de las veintiuna condiciones — con instrumento de vanguardia de la clase obrera para suplantarlo históricamente al capitalismo e instalar el socialismo. Ya nada la apartará de su senda. Su lucha será la del Partido, sus vicisitudes serán las del Partido, sus derrotas y sus triunfos, serán los del Partido.

SEGUNDA PARTE

INTERREGNO EN MINAS

En 1919, Julia había contraído matrimonio con Carlos Roche, empleado de la Dirección de Veterinaria.

El esposo de la joven luchadora no sólo la ama, sino que la admira. En ningún momento interferirá en sus tareas políticas, ni será tampoco, por esa actitud, un compañero contemplativo: la respetará y animará siempre, le prestará una ayuda y un sostén decisivos.

Y bien; en 1922 Roche, funcionario de la Dirección de Veterinaria, es nombrado inspector de sarna y se le destina al hoy departamento de Lavalleja. Es intensa la participación de Julia en las luchas obreras de la Capital, en los conflictos de los marítimos, en las huelgas del Cerro, donde los choques sangrientos de los obreros son contra un aparato represivo que la burguesía de ambas márgenes del Plata ha incrementado alentada por la contrarrevolución triunfante en Hungría, la entrega de la revolución alemana por parte de los socialdemócratas, el fracaso de la incipiente revolución en Italia y el advenimiento del fascismo en esa península.

Pese a ello, Julia marcha con su esposo a Minas. Se instalan en una vieja casa frente a un viejo molino coronado por una cruz, que todavía existe, en la periferia de la ciudad. El cambio es radical. No hay en la pequeña ciudad más que un reducido grupo de miembros del Partido, un oasis en medio de la hostilidad y la indiferencia generales. Sin embargo, Julia se consagra a la tarea de hormiga, a esa tarea gris que muchos no comprenden, pero indispensable, y que Lenin supo enaltecer.

¿Hay que procurar nuevos lectores del diario "Justicia"? Pues se va de visita, se conversa, se discute, se vuelve más tarde, se insiste, contra las reservas, los prejuicios, los temores, la ignorancia, la tradición que condena, o mejor dicho quiere condenar a cada uruguayo a ser blanco o colorado. ¡Qué fe inquebrantable en las ideas revolucionarias, qué fuerza moral, qué valor, qué constancia la de aquellos pioneros, ya tantos desaparecidos, que en Minas, en Tacuarembó, en Paysandú, en Salto, en todas las ciudades y pueblos del interior del país fueron construyendo, entre dificultades sin cuento, los núcleos vitales del partido de los trabajadores! ¡Cuántas miles de sonrisas escépticas o compasivas habrán arrancado a quienes los creían arar en el desierto! ¡Cuántas miles de sonrisas esperanzadas habrán devuelto aquellos humildes pioneros de la causa suprema de la humanidad! ¡Cuántas injusticias, persecuciones, calumnias, dicterios y burlas habrán soportado! ¡Pero cuánto amor, cuánto respeto recogieron de quienes fueron haciendo suyo su verbo revolucionario y de aquellas personas que, sin hacerlo, representaban la nobleza del alma de nuestro pueblo, sus mejores sentimientos, su mentalidad democrática!

Es una nueva experiencia para Julia, en la ciudad donde su padre ensayara a principios de siglo ganarse la vida como cochero. De vez en cuando viaja a Montevideo para participar en reuniones políticas, se queda breves temporadas exigida por tareas partidarias, y vuelta a Minas. A preparar la celebración del 7 de Noviembre, a colaborar con el movimiento sindical, embrionario enton-

ces, impulsar sus luchas y reivindicaciones. El sindicato de picapedreros, por ejemplo, es tan pobre que tiene su sede en una habitación de la casa de Julia, frente al viejo molino, cedida expresamente para ello.

Ya la joven luchadora tiene hijos y uno de ellos nace allí, en la vieja casa frente al viejo molino.

CONFINAMIENTO INVOLUNTARIO

Durante su permanencia en Minas, como hemos señalado, Julia realiza periódicos viajes a Montevideo, centro de la actividad política y sindical del país. Puede participar en las tareas de socorro que las clases trabajadoras emprenden —al llamado de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja— en favor de los millones de hambrientos de la región del Volga, en la República de los Soviets, víctimas de la sequía, la guerra civil y el bloqueo imperialista. Puede actuar en los combates populares, a cuya cabeza estaba el Partido, contra los intentos de avance del fascismo en el Uruguay. Tiene ocasión de participar en los esfuerzos del Partido por cohesionar a las fuerzas obreras, aunque la influencia libertaria lo impida y ni la vieja FORU ni la nueva Unión Sindical Uruguay —que coexisten— cumplan aquellos propósitos. Es decir, hechos que para su temperamento de luchadora cuyo descanso es el pelear, como don Quijote, deben ser el pan de cada día.

En 1926 trasladan a su marido al Departamento de Río Negro. No consiguen casa en Fray Bentos, la Capital, viéndose obligados a alquilar en Algorta, una estación ferroviaria de la línea a Paysandú. Unas pocas viviendas en torno a la estación, rodeadas de campo, campo y más campo.

— Ahí sí que me tocó sentir la soledad —cuenta Julia, que por supuesto no se refiere a la soledad metafísica, agonista, desesperanzada que en muchos provoca la presión monstruosa del horror y el sin sentido capitalista.

— Acostumbrada a la actividad —aclara de inmediato, aquello era terrible para mí. Estaba desesperada por volver a Montevideo.

Narra que además estaba enferma, que una noche, ausente Roche como inspector de sarna que era, sufrió un ataque hepático y cómo desde la puerta su hija mayor, de seis años, tuvo que darse a gritar para obtener el auxilio de algún vecino.

Entonces es la madre y el ama de casa —como lo ha sido desde el principio— que limpia, lava, plancha, cocina, cose, remienda, teje, borda, cuida a sus hijos, ¿pero qué? No es que todo eso no sea para ella. Lo es y lo seguirá siendo. Pero no basta. No basta difundir "Justicia" en aquel ámbito exiguo, no basta escribir algunos artículos y remitirlos a la redacción, no basta albergar a algunos camaradas que van de gira y arrancarles hasta el último detalle de la última novedad.

— Yo no podía vivir más de hastío, de soledad, en un medio tan ajeno a mí —confiesa.

El "exilio" duró como un año y medio.

ANECDOTA AL PASO

En la primavera de 1969 conversé con antiguos militantes del Partido en Paysandú y San Javier a fin de reunir datos para la preparación de este trabajo, ya que Julia vivió en Paysandú de 1928 a 1935. No voy a citar nombres por dos razones: una, porque de hacerlo no sería justo hacerlo a secas ni empleando los adjetivos elogiosos al uso: requeriría una semblanza, por mínima que fuese, de cada uno, que los límites y la concepción de este trabajo no contemplan; y otra, porque de hacerlo contra viento y marea, correría el peligro de omisiones imperdonables.

Lanzo la idea no sólo al Comité Departamental de Paysandú sino a todos los Comités Departamentales del país, en el sentido de recoger sin pérdida de tiempo, por todos los medios técnicos

aprovechables, un rico historial partidario que si continúa su simple proceso oral se deformará y perderá irremediablemente. Y eso no nos perdonarán los historiadores y los escritores del futuro.

Pero vayamos a la anécdota. He hecho varias visitas cuando el camarada que me acompaña y me induce anuncia que visitaremos a uno de los más antiguos y representativos camaradas del Departamento, fundador del Partido. Me pone sobre aviso también que dicho camarada, por efecto de los años, ha perdido un tanto la memoria.

El coche se detiene frente a un almacén; descendemos; entramos; saludamos. Detrás del mostrador un anciano delgado que despacha parsimoniosamente a la clientela, responde al saludo. Pero es el suyo un saludo propiamente acogedor, es apenas el de una persona atareada y con un poco de prevención, como si recelase que le vienen a sacar de lo suyo.

Supongo que el negocio, como tantos otros, tiene tras sí una casa habitación y que en ella vivirá el camarada a quien vamos a entrevistar. Sencillamente habrá que aguardar a que el anciano termine de despachar a una chiquilla y se digne ponernos en contacto con la persona buscada. Pero es eso quien me acompaña le señala al anciano que yo lo estoy esperando, y entonces entro en la habitación.

El acompañante me informa que el comercio es de un hijo del viejo camarada y que como el médico le ha prescrito reposo casi absoluto por su salud, él, que necesita hacer algo, va de a ratos a despachar, para entretenerse.

Luego el viejo camarada abandona el mostrador, viene hacia nosotros, trocada su expresión facial por una cordial y cariñosa. Me estrecha fuertemente la mano y entonces lo recuerdo, empalmo su figura actual con la que vi más de una vez años atrás. También él me recuerda. Reprocha al acompañante el que me haya traído, quejándose de la fragilidad de su memoria. Pero habla de

ella, con devoción y sin lograr esconder la autocompasión del viejo luchador que rememora un momento heroico desde sus obligados cuarteles de invierno.

Hasta que las lágrimas asoman a sus ojos, musita "Julia, ah, Julia" y dándonos un fuerte abrazo, deseándonos el mayor de los éxitos, da por finiquitada la entrevista.

Salgo con el corazón traspasado de pena, de orgullo, de alegría, todo a la vez. ¿Qué seríamos en la guardia vieja, sin los que han muerto luchando hasta el fin, sin los que echaron las bases del Partido? Si la energía de la juventud importa, y mucho, la experiencia de los mayores, importa también mucho, y ambas se engrazan para que lo fundamental, las ideas revolucionarias, la práctica de la teoría, enriquezcan y engrandezcan al Partido.

SECRETARIA DE REGIONAL

Al pasar a Paysandú Julia es nombrada secretaria del Regional, que comprendía los departamentos de Paysandú y Río Negro. Tiene entonces 30 años. Su júbilo es explicable. En esta ciudad existen dos sindicatos portuarios, un sindicato ferroviario, uno de la construcción, otro de gráficos, otro de panaderos. Paysandú es una de las mayores poblaciones del Interior ofrece un considerable margen para la actividad política y sindical. Se acabó la soledad de Algorta, la visión del latifundio que minimiza y oprime.

Aunque el Partido esté constituido por un grupo pequeño, es aguerrido, tenaz, cohesionado, consciente de su dura misión. Son épocas bravas, de persecución policial, de acechanzas aviesas. El continente está sembrado de dictaduras militares. La crisis cíclica capitalista lanza millones de trabajadores a la calle, los monopolios imperialistas succionan a las colonias y los países dependientes, romueven el implantamiento de regímenes políticos basados en las tiranías castrenses.

¿Y en Uruguay? Batlle y Ordóñez muere en 1929. El riverismo reaccionario, surgido de las propias filas batllistas y la fracción del Partido Blanco que responde a los intereses del gran latifundio se vienen preparando para el "Pacto del chinchulín", que se expresará en 1933 en el golpe de estado de Gabriel Terra, un civil llevado a la presidencia del país mediante las urnas.

La crisis económica que asuela a todo el sistema capitalista se refleja necesariamente, en el plano político, en una extrema tensión y lucha de clases. A más de esa crisis, exacerba la histérica represión de la burguesía mundial el afianzamiento del poder soviético, la barrida de los oportunistas de derecha y de izquierda y la puesta en práctica del primer plan quinquenal.

No habrá respiro para esta dirigente política y madre de familia. No habrá combate en todo el Uruguay, y aún fuera de él, que no la encuentre organizando, participando, de arriba y abajo y abajo a arriba, con esa milagrosa energía que décadas más tarde asombrará en el extranjero, con entrega de sí misma sin reticencias ni vacilaciones que le conquistará la devoción de los suyos, el respeto de los ajenos, con ese amor por la causa de los trabajadores y esa sencillez, dignidad y valentía de los proletarios jamás desmentidos. Ya en los barrios de la bella ciudad litoraleña, al frente de un pequeño difusor de "Justicia", ya apoyando a los sindicatos en sus conflictos contra las patronales, viajando en ferrocarril a Fray Bentos, donde los "misteres" ingleses del Frigorífico Anglo explotaban a sus operarios y se provocan duros conflictos, cruentos choques con las fuerzas represivas, ya quieteando en un carro, por malísimos caminos, rumbo a San Javier u Ofir, a organizar sindicalmente a esas colonias de campesinos rusos y uruguayos descendientes de rusos, en todas partes encontraremos a Julia. Es una figura popular.

"YO NO SUBIRIA NUNCA A UN BOTE ..."

¿Es que Julia le tiene miedo al río? ¿Quizá por la anchura del Uruguay que permite bosques y extensas islas, mucho más allá de las cuales hay que adivinar la costa argentina? ¿Ignora acaso que en noches sin luna, botes uruguayos bogan silenciosamente, atravesando su corriente, para traer de la otra orilla a tierra uruguaya a algún camarada perseguido ferozmente por la dictadura uriburense?

Ocurre que la frase está incompleta y además no se refiere al río, sino al bote. Julia nunca subió a un bote hasta entonces, y lo juzga demasiado frágil, demasiado a expensas de los caprichos del agua como para tenerle confianza. En realidad, ella no es una mujer sin miedo, sino una mujer capaz de dominar el miedo. Y la frase, muchas veces pronunciada, es ésta:

— Yo nunca subiría a un bote, salvo por una misión del Partido.

El Comité Central del Partido le envía la orden de trasladarse lo más urgentemente a Fray Bentos, donde se procesa una dura huelga de los obreros del Anglo. Lazarraga y otros dirigentes enviados de Montevideo han sido puestos en prisión. Julia toma el barco de la carrera, que viene de Salto y hace escala en Paysandú y Fray Bentos. (*Barco de la carrera*. ¡Qué hermosura! ¡Viajar en barco por el río patrio, admirando sus bellezas, y a poco costo! Pero se acabó. Hace mucho que se acabó nuestra marina de cabotaje. Hay que viajar y transportar mercaderías por carretera para conseguir la nafta que compramos a las empresas petroleras imperialistas). Bien; se trata de un barco de alta borda, no de un bote ni una lancha, y Julia viaja tranquila en cumplimiento de sus deberes.

Sólo que al arribo a Fray Bentos, el barco no atracó en el muelle. Había que descender hacia un bote por una escalerilla. Escalerilla y bote, según relata Julia, se mecían para todos lados. Confía que fue un trance amargo, riendo y termina:

— Pero había que bajar y bajé.

Lo demás no contiene episodios de miedo. La violencia policial ha dejado un gran saldo de heridos y detenidos. Los locales sindicales y partidarios han sido baleados y clausurados, los obreros desalojados a golpes de las casitas propiedad de la empresa, donde viven.

Julia pone toda su energía en organizar la resistencia y elevar la moral de los huelguistas, inclusive es apresada, pero como no estaba presente al principio, cuando el peor estallido de la violencia, la liberan y prosigue su misión. Se aloja en la casa de una familia donde se hace la reunión común para los obreros y al recordar que dormía en el piso, por almohada una bolsa de fari-

y al levantarse tenía la cabeza blanca, ríe. Como ríe al narrar que días antes, en Paysandú, por recorrer los barrios en busca de ayuda para los huelguistas del Anglo, ha estado presa bajo la acusación de "pública mendicidad".

Lo único susceptible de añadirse es que ese estilo de mendicidad lo ha seguido ejerciendo toda la vida.

PASO A UN TESTIMONIO

Transcribo un testimonio de un camarada de la mayor confianza, interesante por lo que dice sobre la personalidad de Julia e ilustrativo, en un sentido introductorio, sobre los graves sucesos de San Javier, que luego narraremos:

"Conozco a Julia desde fines de 1933 o comienzos de 1934. Oí hablar de ella por primera vez en ocasión de la masacre de San Javier, en enero de 1933. Yo vivía en Salto, y el mismo día de la masacre se comentaba en la ciudad lo sucedido y se decía que habían matado a Julia. En realidad la muerta era la campesina Julia Scorino, madre también de cinco hijos, al igual que Julia Arévalo. En el cementerio de San Javier hay en su tumba una piedra recordatoria con una inscripción que se refiere a la lucha de los campesinos por la tierra".

"Lo de San Javier es muy importante. Ahora que la consigna de Reforma Agraria adquirió carta de ciudadanía y es usada inclusive por los políticos tradicionales que emulan entre sí a ver quién presenta el proyecto de "Reforma Agraria" más voluminoso, es bueno restablecer la verdad histórica".

"Los primeros que levantaron en el Uruguay la bandera de la Reforma Agraria fuimos los comunistas. Las primeras luchas organizadas por la tierra fueron las acciones de los campesinos de San Javier de los años 1932-1935. Estas luchas están íntimamente vinculadas al nombre de Julia, que fue la inspiradora y organizadora de aquel movimiento, muy radical para la época y a la vez con carácter de masas. Porque era toda la colonia, mejor dicho las colonias San Javier y Ofir, que se levantaron contra la política del latifundio y de las instituciones bancarias. Surgió inclusive un sindicato clasista de peones agrícolas que, bien orientados, gracias a la política del Partido, a la vez que defendían sus reivindicaciones específicas de mejores salarios y condiciones de trabajo, apoyaban a los agricultores, en su lucha por la tierra y contra la exacción de los Bancos, que prestan dinero a los labriegos y después les quitaban la cosecha en pago de intereses y amortizaciones; porque las magras tierras, agotadas por los años de cultivo de la misma especie; el trigo, sin abonos, sin medios de lucha contra la erosión del suelo y contra las plagas del agro, sin máquinas, no rendían, en los años de mala cosecha, para pagar a los Bancos las deudas contraídas para la compra de semillas".

"El Partido supo ver esa situación y organizar a los campesinos en defensa de sus cosechas, de su futuro. El mitin del 22 de enero de 1933 en San Javier, salvajemente baleado por la policía como escarmiento para que el episodio de la lucha de los campesinos por la tierra, lucha en la que Julia se constituyó en una de las principales figuras".

"Vi a Julia por primera vez en Salto unos meses después de los sucesos de San Javier, vino a ver cómo funcionaba el Partido, que había sido fundado en dicha ciudad a fines de 1932. Y también, a invitarnos para una reunión del Movimiento Antiguerrero, a celebrarse en Paysandú. Las potencias imperialistas, que no salían de la crisis estallada en el 29, se aprestaban a nuevas acciones bélicas por un nuevo reparto del mundo y en particular para una guerra de agresión contra la Unión Soviética, y el Movimiento contra la guerra tenía dimensión internacional. En esa reunión en Paysandú, a la que asistí, tuve oportunidad de conocer el hogar de Julia y su familia".

"Los hombres no nos damos siempre cuenta de lo que significa para una mujer, madre de familia, ser comunista en aquellos años plagados de prejuicios y prevenciones, cuando a los comunis-

tas se nos pintaba poco menos que con cuernos y colmillos y con un puñal entre los dientes. Entonces los hombres comunistas no estábamos —y no estamos totalmente todavía— libres de reservas frente a la mujer militante. Julia de entrada imponía respeto, por su porte, su manera de ser por el aire de serena dignidad que su persona irradiaba. Una mujer joven de bellos rasgos, sencilla pero prolijamente ataviada, sin pintura, ni siquiera polvo, melena corta peinada hacia atrás, tal como se la puede ver en cualquiera de sus fotografías y en la vida real”.

“En aquellos años, y sobre todo en el interior, las mujeres militantes activas eran una minoría blanca. Julia tenía que desenvolverse entre hombres obreros de bajo nivel cultural y político, pequeños burgueses e intelectuales preñados de prejuicios. Ganarse su respeto y su aceptación de papel dirigente de una mujer de pueblo no era nada fácil. Julia lo logró naturalmente por la fuerza de su personalidad, por su militancia, por su espíritu de abnegación, por su devoción a la causa del Partido, de la clase obrera y del pueblo”.

“En agosto de 1934, por indicación del Comité Central, me trasladé a Paysandú para colaborar con Julia en las tareas partidarias. Desde entonces he podido seguir casi a diario su actividad así como ser testigo de su vida privada”.

“En Paysandú había entonces un Partido organizado y algunas entidades sindicales; había también un núcleo de Juventud Comunista y comités de barrio, en la periferia de la ciudad, que luchaban por reivindicaciones específicas. El “cuartel general” de todo este movimiento era la casa de Julia, por las mañanas, y por las tardes la Casa del Pueblo, como se llamaba el local del Partido ubicada en una de las calles céntricas”.

“Los hijos de Julia eran chicos, la mayor tenía 14 años y el menor 6. Cuatro de los cinco hijos iban a la escuela, la mayor trabajaba en un taller de costura. El marido, inspector de sarna, trabajaba en el Dto. de Salto y venía a visitar a la familia una vez al mes”.

“Julia cumplía todas las tareas de la casa: limpiaba, cocinaba, lavaba y planchaba la ropa, preparaba a los niños para la escuela, les hacía el moño de la túnica, peinaba a los más chicos. En medio de todo ese ajetreo atendía a los compañeros que acudían a consultar con ella las actividades del día; no bien salía uno entraba otro, y así la mañana entera. Por la tarde, luego de haber dado fin a las obligaciones domésticas, salía a entrevistar a los compañeros del Partido, a visitar los barrios, a atender las reuniones partidarias, etc., hasta altas horas de la noche. Así todos los días, durante años. A menudo viajaba a San Javier, alguna vez a Fray Bentos, a la colonia agrícola “Porvenir”, donde funcionaba una cooperativa con maquinarias en común, dirigida por el Partido, que contaba con una pequeña organización en ese lugar”.

“La de Paysandú era en aquellos años la organización partidaria más importante del Interior del país. Hasta el día de hoy se me representa el cuadro de Julia lavando ropa en la tina, pelando papas o peinando a su hijo más chico, mientras conversaba con los compañeros que iban a consultarla. Cuando tenía que salir hasta muy tarde o fuera de la ciudad, Julia dejaba en casa para cuidar a los hijos, a una compañera. El presupuesto del hogar era muy estrecho, el compañero de Julia nunca fue promovido en el escalafón administrativo por ser el cónyuge de una militante comunista conocida, y había que ingeniárselas para que los hijos tuvieran qué comer y qué ponerse. Esta circunstancia, sin embargo, no impedía que en casa de Julia se alojasen los delegados de Montevideo o los compañeros que venían deportados de Argentina y Brasil”.

“Hay que decir en honor a la verdad que sin el apoyo de su compañero, hombre sencillo pero muy consciente y sensible y sobre todo muy considerado con respecto a Julia, a su militancia —que no podía, objetivamente, dejar de crearle a la familia dificultades de diversa índole—, Julia no hubiera podido hacer frente a la vida, a la actividad política, a la educación de los hijos, en la forma en que lo hizo”.

PRIMERA HUELGA CAMPESINA EN EL PAÍS

Pero antes de la barbarie de San Javier, Julia colaborará en la primer huelga de campesinos habida en el Uruguay. La misma se produjo durante el invierno de 1931 y fue protagonizada por la Colonia "19 de Abril", situada a la altura de la Estación Porvenir, en el departamento de Paysandú.

Los integrantes de la "19 de Abril" son colonos del Banco Hipotecario. Conjuntamente con el cultivo de cereales se dedican a la producción de leche que venden al consorcio "Kasdorff" depositándola en la sucursal que éste tiene instalada en el lugar. Por supuesto, ¿qué pequeño productor rural no es esquilado por los poderosos, ayer como hoy? Por supuesto, ¿cuándo los explotadores reconocen gentilmente las razones de los demandantes?

El corolario fue la huelga, una huelga dura, de más de 30 días. Los campesinos en conflicto solicitaron ayuda y asesoramiento a la Confederación General del Trabajo del Uruguay, organismo fundado en mayo de 1929 por casi un centenar de sindicatos, tanto de la Capital como del Interior, para imprimir al movimiento obrero una orientación clasista y una vida interna democrática, aspiraciones que los jefes anarquistas y anarcosindicalistas de la vieja FORU y la Unión Sindical del Uruguay (USU), no contemplaban.

El camarada Leopoldo Sala es el designado por la CGTU para ayudar a los campesinos. Se promueven asambleas y mitines, pero no solo para subrayar la razón y la justicia de los reclamos, sino para enlazar también ese tema con los de la tierra, las rentas expoliatorias, la política crediticia del Banco, la amenaza de desalojo, ese King Kong que recorre de antiguo el territorio patrio, traga y traga tierra para engrosar el latifundio, perturba el sueño y la vida de los pequeños y medianos productores y empobrece el país.

No hubo una sola defección entre los huelguistas. Ante el hecho insólito, que se niegan a creer, altos funcionarios de la compañía alemana salen a recorrer las chacras donde sueñan percibir signos de flaqueza e imponer su autoridad. En vano. En más de una ocasión, al verlos llegar, los campesinos les salen al encuentro, obligándolos a huir. El arresto por la policía de combativos huelguistas no intimida a los demás.

El conflicto termina con un triunfo parcial campesino. Pero las cosas se han salido de madre. Ya no se trata sólo de la "Kasdorff". Una vez logrado el triunfo frente a esa empresa, los campesinos organizan una impresionante caravana de vehículos, repletos de familias, que se dirige hacia la sede de la Administración del Banco Hipotecario, de cuyas autoridades han obtenido audiencia, llevando un pliego de reivindicaciones.

No son atendidos y allí mismo se organiza un mitin donde habla Sala y donde se da solemne lectura al pliego de reivindicaciones.

¿Y Julia? Pues Julia ha organizado la solidaridad de los trabajadores de Paysandú, ha organizado, en medio del ardor del conflicto, un acto público en el centro mismo de la colonia. Y en él expone los puntos de mira del Partido Comunista sobre la tierra. Por cierto, no omite caracterizar al latifundio y hablar de la redistribución de la tierra. ¡Qué pecado en aquella época!

Pecado, porque a mediados de 1929 los elementos más activos de la reactivación, con la Federación Rural a la cabeza, han creado el Comité de Vigilancia Económica. Y este Comité tiene por norte frenar la sanción de leyes sociales favorables a los trabajadores, defender a ultranza los privilegios de las clases poseedoras. Y por el mismo trillo transitan los políticos traidores que desembocarán en el golpe de Estado de marzo del 33.

LA MASACRE DE SAN JAVIER

"A cualquiera debe llamarle la atención que siendo tantos los alcanzados por las armas policiales no haya resultado ningún policía herido o siquiera contusionado. Sin embargo la policía de

San Javier dice que los asistentes a la conferencia abrieron fuego contra ella y que luego continuaron respondiendo vivamente al tiroteo. También dice que le arrojaron piedras”.

“Presentados los sucesos así, o la policía de San Javier goza de una invulnerabilidad milagrosa o no hubo tal tiroteo de la parte adversa”.

“En el mejor de los casos y aún admitida la hipótesis de que la agresión partió de la parte contraria en forma de un disparo, su reacción alcanzó características de violencia que nadie puede dejar —honradamente— de oponerle reparos”.

“Otro hecho que predispone en contra de la policía de San Javier —prosigue la crónica tras algunas consideraciones que no interesan aquí— es el trato abusivo de palabra y de hecho que los detenidos manifiestan haber recibido.”

“Todos estos hechos —aún considerados tan someramente— dan la impresión de que la policía excediéndose en el uso de sus atribuciones ha llegado a la comisión de un delito condenable que iba contra la integridad física de seres humanos —incluso mujeres, que fueron las peor libradas—”. (“El Telégrafo”, de Paysandú, 26/1/1933).

Esto lo expresa un periódico ajeno a toda simpatía hacia la izquierda. La lista de “agresores” que gracias a la invulnerabilidad milagrosa de la policía de San Javier no hirieron a nadie pero salieron tan mal parados del trance, y que publicó la prensa de la época, es la siguiente:

Alejandro Kasanóvich, herido de bala en el tórax, grave; Pola Sanin, herida de bala en el hombro izquierdo; Jorge Poschiov, herida de bala en el hombro izquierdo; Julia Arévalo, herida cortante en el brazo izquierdo; Florencio Zapata, herida cortante en el codo izquierdo; Emil Emilianenko, herida de bala en el cuello; María M. de Jarchenco, herida de bala en el hombro izquierdo; Mario Coutinho, herida de bala en el antebrazo derecho, Julia Scorino, MUERTA, de herida de bala en un riñón.

De los nueve heridos, uno de muerte, cinco son mujeres. Se inferiría de ello que la parte más “agresiva” del grupo, y más numerosa, estaba compuesta por mujeres. A juzgar por las heridas de bala en el hombro izquierdo, varios de los “agresores”, hombres y mujeres, o mejor dicho, mujeres y hombres, portaban armas largas perfilando el cuerpo con la parte izquierda hacia el frente. Curioso, muy curioso, que hubieran errado todos los tiros. Máxime cuando los policías aproximaron tanto que a sablazos produjeron heridas cortantes a varios enemigos, entre ellos Julia Arévalo, revoltosa metida entre los campesinos en vez de hallarse en casita remendando las medias de los chicos. Suerte que hoy la policía, gracias a las escopetas de caño recortado impuestas de E.E.UU. no necesita acercarse a los “agresores”: los hiere y los mata a distancia no más.

El “milagro” de San Javier ocurrió un domingo. El domingo 22 de enero de 1933. Si los campesinos enfrentados al despojo y la exacción por parte del Banco Hipotecario resuelto a embargarles las cosechas, hubiesen sido más prudentes, más respetuosos del orden establecido, ese domingo no hubiese ocurrido nada. Hacía calor, estaba el tiempo mucho más propicio para holgar. Ahí se brinda el río Uruguay, donde se puede pescar dorados y surubíes, o hacer un pic-nic bajo el bosque de su ribera. Pero no. Un grupo numeroso de campesinos y campesinas, que se sienten fortalecidos por la presencia entre ellos desde el jueves anterior, de la figura que más vivamente encarna sus intereses, que más los alecciona y anima, Julia Arévalo, secretaria Regional Comunista, celebran una asamblea en la Casa de los Sindicatos, nombre un tanto pomposo para una modesta construcción que lo sustenta.

Y sucede lo que sucedió. La policía balea y sablea a mansalva. Procede a la detención de los heridos y heridos, así se desangren los últimos, vendados por manos inexpertas. Prende a un medio centenar de campesinos que han llegado de sus tierras sorteando la persecución de las fuerzas policiales; a pie por entre las tierras labrantías, para no ser avistados. Ha habido un aviso cierto. Un guardiacivil ha alertado a un peón que la policía prepara una fuerte represión para ese domingo. ¿Pero qué? ¿Se puede soñar semejante salvajada? ¿Alguien puede pensar en tal brutal carnicería? ¿No acostumbra la policía a utilizar variados métodos de intimidación? La asamblea está programada, es un jalón importante de la lucha y se celebrará.

Y entonces sucede lo que sucedió. En medio de la sorpresa, de la confusión, del terror, de los cuerpos caídos, Julia, al ver fluir la sangre de su brazo, se pone el primer saco que encuentra a mano y ordena a quienes la sorprenden en ese acto:

— ¡Nadie diga que estoy herida!

Luego dice al camarada Hidalgo:

— Escátese. Se nos muere la gente. Vaya a dar aviso a Paysandú.

Son doce leguas a pie. El camarada Hidalgo consciente de su responsabilidad, realiza la tarea encomendada. La maratón. Luego Julia es conducida presa, junto con los demás, y no piensa en sí misma, en su herida, en su propia suerte, sino en la de los otros, en la de los heridos graves, en el camarada que deberá recorrer 60 kilómetros a pie, en si podrá cumplir su misión.

SECUELAS DEL CRIMEN

Cuando el atropello criminal, una valiente campesina se prendió de las riendas del caballo de un policía, impidiéndole pasar adelante, hasta que recibió un balazo en un brazo y tuvo que retroceder. Entró en la casa, rasgó sábanas para vendar a los heridos y luego, antes de desvanecerse, se tendió en el piso. Su brazo quedó inmovilizado para siempre a causa de la lesión. Su gesto, en cambio, fue y seguirá siendo un movilizador de conciencias.

La policía acusó a Hidalgo de ser el matador de Julia Scorino. Presionó bárbaramente a los detenidos para obligarlos a confesar por cierta tamaña vileza. No lo lograron. A Julia, poniéndole las manos en la cara, le decían:

— ¿Cómo no lo vas a saber vos?

Tampoco tuvieron éxito alguno cuando pretendieron — ¡vaya imaginación! — hacerla confesar que su propia herida cortante en el brazo se la había producido un compañero con una daga de afilado filo.

A Hidalgo lo trajeron preso de Paysandú, a caballo y durante el viaje le metían el revólver en la sien para que se confesase autor del crimen.

Ya habían salido trasladados los heridos graves a Young. La hija de la muerta consiguió la autorización para ir a buscar el cuerpo de su madre a esa localidad, donde la habían enterrado sin demora. La condición impuesta por las autoridades para permitir el traslado de los restos a San Javier fue que en el nuevo entierro no se pronunciasen discursos. Pero hubo cantos. Antes de partir el cortejo los campesinos corearon La Internacional, y de camino entonaron una antigua canción de protesta contra la opresión.

Al evocar ese episodio, casi cuarenta años más tarde, la emoción torna adusto el rostro de Julia Arévalo.

La coincidencia de llamarse Julia la muerta, de haber sido herida la otra, aunque no de muerte, la precariedad de los medios de comunicación, la confusión que en esos casos se produce, todo condujo a este episodio, narrado por la hija mayor de Julia en los términos que siguen y cuyo dramatismo surge de los hechos:

— Cuando los sucesos de San Javier, me acuerdo bien, vivíamos en la "casa vieja", como la llamábamos, donde transcurrió nuestra infancia y de la que tenemos tantos recuerdos. Habíamos quedado con una compañera, la hija del camarada Desiderio. María Esther se llamaba. Era un día de verano, hacia fines de enero, estábamos todos en la vereda, como se acostumbra en el Interior. Había algunos vecinos y compañeros con nosotros. Entonces, en determinado momento, apareció

un compañero, no recuerdo quién era; venía visiblemente nervioso, y sin duda sin darse cuenta mi presencia o de la impresión que podía causarme, dijo:

"Vengo de avisar que en San Javier hubo un lío tremendo, y me parece que mataron a Julia."

"Entonces yo era la mayor, tenía 12 años, creo. La impresión que recibí fue terrible. Ya pude dominarme. Habían matado a mi madre y nada ni nadie me podía consolar. No puedo describir el horror de toda esa noche. Noche en la que todo el Paysandú que la quería y respetaba, la lloró por muerta, porque Julia, madre de cinco hijos, no conocían otra, nadie pensó en otra persona. Esa noche fue espantosa para mí; mis hermanos eran más chicos y no tenían noción de tamaña tragedia. Y yo era además, muy emotiva".

"Al día siguiente, cuando empezaron a llegar noticias más fieles, ¿qué ocurrió? Que a mí me convencían, creía que mentaban para tranquilizarme, para dar tiempo a que me repusiese. Estaba llorando en un sillón cuando me trajeron "El Telégrafo" y me convencí de la verdad. Pero no así no más de la crisis nerviosa en que me hallaba".

Cuando varios días más tarde, liberada de su arresto, Julia llega a su casa en Paysandú, y la niña está consolando a su hermano más pequeño que llora por la ausencia de la madre: "Buena mamá está luchando para que los otros tengan una vida mejor, más linda". Julia los besa a todos y comprueba que están bien y de inmediato sale para un acto de repudio a la tropelía de San Javier al que asistieron, en aquella época, dos mil personas. Puede salir con el corazón tranquilo porque gracias a su enseñanza de años, a sus recomendaciones permanentes, a sus cuidados sin pausa, ni algún accidente de importancia les ocurrió nunca en el hogar. Los chicos saben hasta en qué posición debe estar el mango de la sartén para no correr el peligro de derramarse encima aceite hirviendo.

EL GOLPE DE ESTADO

El atentado criminal de San Javier fue uno de los tantos prolegómenos del golpe de estado del 31 de marzo de 1933. Hay precedentes de acciones similares en todo el país. Un año y medio antes un mitin del Partido Comunista de Rocha había sido violentamente disuelto, pagando con su vida el camarada Indalecio Lujambio. La ciudad fue puesta poco menos que bajo estado de sitio y se practicaron un par de centenares de arrestos. A principios de 1932 el diario "Justicia" había sido clausurado, aunque circulaba clandestinamente como semanario y pronto aparecería en la misma línea el diario "Bandera Roja".

No es extraño que la represión apuntara en primer término hacia el Partido de los trabajadores. Este, desde varios años antes venía denunciando enérgicamente los manejos del riverismo y los sectores más cerradamente latifunditarios, tendientes a romper la legalidad democrática del país. Era, el Partido Comunista, el único grupo con visión clara de los acontecimientos. Fue el único que se esforzó por forjar un frente obrero capaz de frenar los desbordes reaccionarios, y en ese sentido trató de orientar a la CGTU. A él se debe la fundación del "Comité por la Democracia", en febrero del 33, integrado por obreros, estudiantes, intelectuales, artistas, escritores, profesionales.

Pero ya era tarde. Los líderes de las fracciones democráticas de los partidos tradicionales huyeron movilizar a las masas, y si muchos, sin lirismo alguno, hicieron inclusive profesión de anticomunista, en cambio, con el más candoroso, angélico de los lirismos, confiaron en la estabilidad eterna de la democracia uruguaya, doncella intocable que nada ni nadie se atrevería a desflorar. Vivían en el aire. No sentían los brutales ramalazos de la crisis capitalista convulsionando el país, confiaban —¿o sólo era en más de un caso esperanza vergonzante?— en la Arcadia uruguaya por encima del mundo. El espectro de una nueva hecatombe mundial rondaba por toda la tierra sin estremecerlos; quizás —o sin quizás— una nueva guerra traería la prosperidad perdida, con alza del precio de nuestros saldos exportables.

La dictadura, pues, tuvo entre sus culpables no sólo quienes fueron sus ejecutores directos, sino también nunca al Partido Comunista que, a despecho de las deficiencias programáticas y tácticas que ven

arrastrando de nacimiento, la previno y peleó por evitarla jugándose entero y la combatió luego desde la primera línea de fuego.

Curiosa, sugerente coincidencia. La campaña reaccionaria que en el 33 desemboca en la dictadura, enarbolaba el estandarte antioficialista; todos los males radicaban en el Ejecutivo bipartito. Los reformistas naranjas también enarbolaban el estandarte antioficialista: el presidencialismo o neto arreglaría todos los males. A la vista están los éxitos de ayer y de hoy.

ESQUELA EN UN PAN

A esta altura, Julia es una figura de relieve nacional, una dirigente política de primera línea y la primer dirigente política femenina del país. En la tribuna magnetiza al oyente por el conocimiento que posee de los temas que trata, por el ardor de su corazón, por el dominio de su voz poderosa, por su coraje.

Y sin embargo, esta oradora admirada aquí y en muchos países extranjeros, que ha pronunciado miles de discursos en las más diversas tribunas, es tan modesta, tan consciente de su responsabilidad, tan respetuosa del auditorio, que nunca, antes de hablar, ha dejado de sentirse nerviosa, como si cada vez fuese una debutante. Así lo ha confesado al pasar, con la mayor naturalidad, a personas íntimas. He aquí un testimonio de una de esas personas:

"Otra cosa que siempre me ha llamado la atención en ella es que siendo una oradora experimentada, fogosa, avasalladora tal como la conoce todo el mundo, cualidad que entre todas las que posee la ha hecho más popular, sea al mismo tiempo de una sorprendente timidez cuando se halla preparando un discurso. Frecuentemente me manifiesta sus temores cuando debe desempeñarse en alguna tribuna, cualquiera sea el carácter de la oratoria. Recuerdo una vez que en el "Seccional Julián Grimau" se iba a celebrar un homenaje a Grimau con motivo de cumplirse un

aniversario de su asesinato. Julia es una mujer que además de su larga trayectoria política, participó desde los primeros momentos en la creación del movimiento de ayuda a España, al que dedicó gran parte de sus energías. Desde entonces ha seguido atentamente los problemas de España. Conoce al dedillo la historia de aquel periodo y también posterior, conoce la historia de Grimau, de su lucha, de su regreso clandestino a España. No obstante ello, como siempre, me dijo que tenía un miedo espantoso, que no sabía qué decir. Y fue plantarse en la tribuna y desenvolverse extraordinariamente bien, provocando, con su evocación de la vida de Julián Grimau y su ejemplo, desde el más desbordante entusiasmo hasta la conciencia de lo que debe ser un verdadero comunista".

Pero volvamos al Paysandú bajo la dictadura terrista. No es sencillo entonces ocupar una tribuna o un estrado, aunque estén permitidos los actos públicos con motivo de las elecciones de la Asamblea Constituyente del 34 que lleva por norte revestir de legalidad a la dictadura y, entre otras bellezas, entronizar la creación de sindicatos estatales. Y no es sencillo, porque la única fuerza política que hizo real oposición al gobierno de facto fue el Partido Comunista. Sus esfuerzos y los de la CGT por promover un frente único obrero contra la reacción tropezaron con la actitud sectaria de los dirigentes anarquistas de la USU y la FORU y los del Partido Socialista. La "oposición" de ciertos dirigentes de los sectores colorados y blancos contrarios al gobierno quedó al desnudo cuando el 20 de junio de 1934, aquella sombría figura que fue Francisco Ghigliani —con el fin de desorientar y desilusionar a las masas populares que confiaban en dichos dirigentes y se aprestaban a combatir— dio a conocer públicamente un pacto secreto. El pacto había sido firmado entre los propietarios de la prensa adicta a la dictadura y los propietarios de la prensa enemiga de la dictadura. Su propósito era barrer la organización sindical de los gráficos e impedir el surgimiento de nuevos diarios de oposición.

La noche de ese mismo día, 20 de junio de 1934, Julia está haciendo uso de la palabra en un

acto en Paysandú. Hace mucho frío. Parte de la concurrencia rodea la tribuna, en la plaza, y parte se cobija recostándose a las paredes de los edificios calle por medio. Hay un piquete oficial a caballo en una calle próxima y una considerable cantidad de policías a pie. Y no es sencillo hablar por que a una voz de orden de las fuerzas represivas atacan a sablazo limpio, la oradora es violentamente derribada de la tribuna y van a parar al hospital Anastasio Haedo con la cabeza rota de un sablazo y Doctomiro Benítez con los tendones de la muñeca derecha seccionados, sin contar otros múltiples contusos, sin mencionar a los múltiples detenidos que en la comisaría son brutalmente tratados. Pues que Julia estaba refiriéndose a la solidaridad con perseguidos en países hermanos, Benítez, al recobrar el conocimiento en la cama del hospital, exclama:

— ¡Viva el internacionalismo proletario!

La salvajada fue de tal volumen —inclusive se persiguió a la gente hasta varias cuadras más allá de la plaza— que la policía intentó eludir su responsabilidad alegando que se había advertido a la oradora para que usase compostura en el lenguaje, y como desoyera la advertencia se procedió a disolver el mitin.

Si bien desde posiciones adversas al comunismo, los diarios sanduceros "El Telégrafo" y "El Diario" censuraron el desborde policial. Es interesante destacar esta circunstancia pues hoy día la prensa burguesa justifica cuanto desmán comete la policía, sin excluir los más luctuosos hechos de sangre. Como cabe destacar también que, andando el tiempo, la Justicia de aquel entonces condenó a la policía por abuso de autoridad, pese a que ésta pretendió presentar los hechos como incitación a delinquir, agresión y ataque a mano armada por parte de la oradora y quienes la rodeaban.

En esa oportunidad, como en tantas otras, Julia estuvo presa. Incomunicada, en el local de la Jefatura. Un chico le lleva la comida y dentro de un pan va oculta una esquila. La policía la descubre. De la pieza de banderas han pasado a la comunista al calabozo para que le haga compañía a las prostitutas, y allí se presenta en persona el Jefe de policía, furioso, a increparla y decirle que el chico queda en la Jefatura. Y es aquí donde esta mujer de coraje siente angustia, una terrible angustia porque teme que, según es costumbre, violen al chico. La milicada no ha seguido un curso de educación sexual, no hace distinciones entre chicas y chicos y, por lo demás, considera que la violación es un acto provocado por la resistencia de la presa escogida.

Julia pasa así horas de indecible zozobra, de dramática impotencia, sintiéndose culpable por ser ella la destinataria de la comida. Hasta que por un simple guardiacivil se entera de que no han retenido al chico en la Jefatura. Entonces le vuelve el alma al cuerpo. Durante tres días, en señal de protesta, se niega a recibir la comida proporcionada por la policía.

Se arregla con las pocas provisiones que del primer envío ha conservado.

UNA ORATORIA INSOLITA

Por aquellos años desbaratar un acto comunista a palos es tan corriente como fumar un hormiguero. Sólo que los comunistas son tan tenaces como las hormigas y siempre vuelven por la suya. Otra vez la plaza. El ataque contra la dictadura terrista y la solidaridad con los camaradas argentinos enviados a Ushuaia. Y otra vez la policía disolviendo a sablazos el acto en instantes en que el enviado de Montevideo, Hermes Gadda, miembro del Comité Central, ocupa la tribuna. Sobre él y los demás llueven los palos, y Julia no se escapa, aunque no la hieren de cuidado. Y otra vez las detenciones, los malos tratos, a ver si escarmientan.

Pero no escarmientan. Muy luego solicitan la plaza más céntrica para realizar un acto de protesta por el atropello cometido en el anterior y realizan la propaganda. Y vienen los manejos, que sí, que no, que hay que transmitir la solicitud a Montevideo para que el Ministerio del Interior re-

suelva. Resultado, que a último momento el permiso es denegado. Ya hay gente en la plaza y Julia decide junto con los otros camaradas, ir allí a explicar que el acto ha sido prohibido. Entonces se desarrolla este diálogo entre Julia y un comisario más comedido, de una pasta más democrática:

— Mire, señora Julia, que no hay permiso para hablar.

— Sí, ya sé que no hay permiso para hablar; pero nosotros tenemos que decirle al público que no nos permiten hablar.

— No, usted no puede hacer eso. Lo pueden hacer en el local de ustedes si quieren, pero miren que aquí está prohibido.

— No, nosotros tenemos que decirle al público por qué no podemos hablar.

A continuación Julia se dirige a un camarada ya extinto y le dice:

— Mire, yo me trepo en ese banco y le digo a la gente por qué no nos dejan hablar —y como el camarada opone reparos añade—: ¡Yo me subo al banco!

Dicho y hecho, ya está sobre el banco y con su voz potente, sin escuchar al comisario que insiste con lo de la prohibición, se pone a hablar. Hasta que la autoridad da la orden de bajarla del banco, y un oficial la toma de un brazo y la obliga a ello.

La llevan presa. En aquella ocasión no actuó el Escuadrón de Seguridad armado a guerra. Bien. La llevan presa, a pie. Entonces la policía no disponía de la enorme flota de vehículos que hoy posee. Y mientras camina, rumbo a la comisaría, prosigue hablando, a viva voz, pronunciando su discurso. La noche está tan serena que la escuchan en varias cuerdas a la redonda. Cuando arri-

ban a la comisaría, oficiales y guardiaciviles, que la han oído, están llenos de asombro, en la puerta. Ya adentro, uno de ellos le espeta:

— ¡Pero usted igual se hizo la conferencia, eh? Y sus compañeros no hicieron nada.

Julia le responde

— Como Ud. bien lo vio mis camaradas estaban conmigo; Ud. lo que pretende es dividirnos.

Con un "Métnlan (por "métnla") en el calabozo", termina ese corto diálogo. Unos días de calabozo y luego la envían a la Jefatura, donde el subjefe, un hombre irascible, trata de intimidarla con alusiones a malos tratos a los demás presos y la amenaza con hacerla lavar pisos.

— Haga lo que quiera, —responde Julia con-desdén y una dignidad que impide cumplir la amenaza—. Usted es el que manda acá.

Liberada, sigue la lucha, sigue el forcejeo. Pocos días más tarde el acto se realiza en una plaza de barrio donde hay tanta piedra que Julia infunde coraje a todo el mundo:

— Bueno, por lo menos aquí tenemos con qué defendernos.

Esa vez la policía no ataca.

MÚLTIPLES FRENTE

Pero, naturalmente, los actos y la oratoria no son más que una parte de la actividad política o, si se prefiere, son la expresión pública, agitativa de una concepción y una práctica política que abarca varios aspectos de la realidad social. Un día del año 1934 aparece en la casa de Julia, en Pay-sandú, una señora residente en San Javier que jamás había actuado en los conflictos de esa localidad. Explica que ha venido con la excusa de consultar al médico pero que en realidad su viaje tiene por objeto denunciar lo que está ocurriendo en San Javier.

Como en el año anterior, los campesinos se resisten a entregar su cosecha a los bancos. Y ha desatado una represión feroz, la población está como bajo estado de sitio, zurren bárbaramente a medio mundo, empezando por los heridos un año antes cuando el asesinato de Julia Scorino. Los caminos están interceptados, los chasques son detenidos y apaleados.

Entonces, desde Paysandú, hay que organizar la resistencia, ayudar a los campesinos. Se tira un volante con la consigna de que los campesinos otorguen tanto de aumento a los peones y de que éstos, a su vez, luchan junto a los campesinos en defensa de su trabajo. Y allá va un camarada, porteador de los volantes, disfrazado de linyera para eludir la persecución policial.

Y está el movimiento sindical, que es preciso orientar con paciencia, con perseverancia, la solidaridad con los gremios en lucha, particularmente la de la gran huelga de los trabajadores portuarios.

Y están las reivindicaciones de los barrios. Y está la batalla contra los desalojos, en dos batallas, Artigas y Nueva York, una del lado del río y la otra en el extremo opuesto. Pese a sus nombres son barrios pobres, casi "cantegriles", donde los trabajadores han levantado humildísimas viviendas en terrenos adquiridos a plazo, en condiciones que el adjetivo "leonino" se queda minúsculo. El atraso en tres cuotas implicaba la pérdida de todos los derechos: del dinero invertido, del terreno y de la construcción.

Y ahí el Partido, con Julia a la cabeza, a movilizar a los amenazados de desalojo, a promover gestiones, a levantar tribunas, a conquistar el apoyo de la población. Cuando los actos en esas batallas son permitidos, el cordón policial, armado a guerra, es triple y se interpone entre el público para intimidar. Sin embargo, ¿cuántos de esos policías, surgidos de las capas más pobres, se habrán sentido con el corazón estrujado al tener que proceder de ese modo contra sus propios hermanos?

La batalla fue larga pero se ganó. Mucha gente calculaba, engañada por el dinamismo del Partido, que éste debía tener de cuatrocientos a quinientos miembros en Paysandú.

— ¡Sólo éramos quince o veinte! — comenta Julia, divertida, varias décadas más tarde.

EL JERARCA Y LA NIÑA

El levantamiento armado de enero de 1935 contra la dictadura estaba condenado al fracaso por causas harto conocidas, entre ellas las de tipo técnico - militar y su desvinculación del movimiento obrero. Sin embargo, no se conocían las proporciones de la insurrección y aun cuando se hubiesen conocido, bastaba el hecho en sí para que el Partido se pronunciase a su favor, procurando incentivar la combatividad popular contra la dictadura, principalmente en los medios sindicales y los barrios pobres, que respondieron como era de esperar. Camaradas de la dirección se trasladaron de Montevideo a diversos puntos del Interior. En Paysandú se hizo una noche de pegatinas clandestinas de murales contra el gobierno y a favor de los insurrectos. Era de esperar la reacción policial al día siguiente.

Pero vino antes. Esa misma noche está reunido el activo partidario en un inmueble de la afueras. Una muchacha de enfrente, casa de comunistas, atraviesa la calle, avisa que esa mañana la policía se presentó en su casa en busca de un hermano suyo y que andan tras los rastros de Julia Arévalo, la secretaria del Regional. Bien; Julia a su hogar no puede regresar ni puede cobijarse en casa de ningún comunista, pues por lo visto a todos los buscan; tampoco puede recurrir a la vivienda de gente simpatizante o cercana.

¿Dónde refugiarse? Recuerda a un obrero panadero, buena persona, anarquista, pero a cuya familia no conoce. Se dirige a la casa de ese obrero, le plantea con entera claridad y franqueza su situación y él responde:

— Aquí se puede quedar. Mi compañera y mi hija van a estar totalmente de acuerdo.

Por suerte en esos días el esposo de Julia hace su visita mensual a la familia; por otra parte

por conductos secretos se ha enterado de cómo marchan las cosas en su hogar; cómo están los niños. En la casa del panadero Julia debe ocultarse entre los tamarindos del fondo cada vez que un viejo soldado retirado, amigo de la familia, hace su frecuente visita. Este viejo ex soldado, pese a ser de uno de los barrios favorecidos por la acción del Partido, no debe verla. ¿Cómo prever que no la delatará? Sin embargo, en una oportunidad en que Julia se halla en la cocina, hace su entrada el hombre y la ve. La policía ha distribuido una foto de Julia por todas partes para propiciar su delación. Pero el viejo dice.

— Tenga cuidado, doña Julia, por nosotros no va a ser denunciada —y a continuación le informa que por orden superior todos los militares retirados deben revistar diariamente, para reforzar el aparato represivo.

Los hogares de comunistas eran allanados y donde encontrarán a alguno, se lo llevaban detenido. No obstante, las reuniones partidarias prosiguen realizándose, en una humilde vivienda sin energía eléctrica, donde a la luz de candelas imprimen propaganda en un pequeño mimeógrafo rudimentario que la policía se desvive por descubrir. En verdad, sus primordiales objetivos son Julia y el mimeógrafo.

La casa de Julia es prácticamente asaltada. El esposo se marcha, pues un decreto prohíbe a los funcionarios públicos relaciones con personas comunistas, so pena de destitución inmediata, no sin antes consultar a Julia por interposición de persona sobre dónde ubicar a los niños. Los distribuyen en casas de parientes y amigos. La mayor queda en casa del comunista Belloti. Julia envía a sus hijos esquelas cariñosas y reconfortadoras, en las que también les formula recomendaciones diversas.

Madre e hijas están sin ropa. La mayor de las niñas, 14 ó 15 años, se disfraza y venciendo su miedo entra por los fondos de la casa abandonada y sometida a vigilancia policial y retira toda la ropa que puede cargar. A esta operación exitosa no tarda la policía en responder con otra, de bien distinto cariz. Terminan por descubrir el paradero de esa niña, la introducen en un coche y la llevan a la Jefatura. Allí un jerarca policial, interroga a la niña:

El jerarca: — ¿Dónde está tu madre?

La niña: — Yo no sé donde está mi madre.

El jerarca: — ¿Ah no? ¿Cómo es eso? Tenemos datos de dónde está, así que tú tenés que saberlo.

La niña: — No, no sé dónde está.

El jerarca: — Aprendiste bien la lección, ¿eh? Bueno, mirá, si no decís dónde está tu madre esta noche te quedás ahí en el patio con todos los policías. Así que es mejor que lo digas.

La niña (que efectivamente ha aprendido bien la lección, y no sin un verdadero espanto ante esa amenaza): — ¿Pero qué voy a decir yo si no sé dónde está?

El jerarca: — ¿Dónde está tu padre?

La niña: — No sé dónde está. Hace tiempo que no vive con nosotros.

El jerarca: — ¿Cómo es posible? ¿De qué viven ustedes entonces?

La niña: — El nos manda el dinero todos los meses.

El jerarca: — Bueno, ¿y ustedes dónde están?

Aquí a la niña se le ocurre mentir que están alojadas en casa de un tío por parte de padre, abogado de reputación, ex-intendente y tras un telefonazo, éste viene a recogerla y se acaba la pesadilla, el terror de verse por la noche entre milicos, el pavor al Buen Pastor. Días más tarde va a reunirse con el resto de sus hermanos, en Algorta, en casa de un tío.

En el lapso que medió entre el instante en que Julia supo que su hija estaba presa y el instante en que supo que estaba libre y a salvo, su angustia de madre no tuvo límites.

La persecución arrecia. Es clausurado el local del Partido, la mayor parte de los militantes está presa y se lanza un decreto confiscatorio de los bienes de los comunistas.

La dirección del Partido dispone que Julia Arévalo se traslade a Montevideo.

ADIOS AL REGIONAL

Por una curiosa coincidencia, el general destacado de Montevideo para dirigir la represión en Paysandú, viaja a la Capital en el mismo tren en que viaja la dirigente comunista que no logró capturar. ¿Cómo va a sospechar semejante episodio de película? ¿Cómo sospechar que mientras viaja cómodamente en su compartimento la mujer requerida viaja oculta en un coche vecino?

¿Qué deja el general en Paysandú? Malos recuerdos. ¿Qué deja Julia Arévalo? Años más tarde, cuando la campaña electoral que ha de llevarla por primera vez a la Cámara de Diputados, volverá a Paysandú a hablar en un acto donde se reunirán mil personas para escucharla. Y allí acudirá la gente de los barrios Artigas y Nueva York, con sus niños, a saludarla, a agasajarla, a expresarle una vez más que gracias a ella hayan conservado su techo. Serán los mismos que años antes el general hizo prender para interrogarlos sobre el paradero de Julia y respondieron que no lo sabían, pero que, en caso de saberlo, no lo confesarían.

Decenas de veces, tal vez centenares volverá Julia a Paysandú a ocupar una tribuna y otras tantas veces recibirá la expresión del calor popular, del cariño y la admiración de camaradas y amigos.

Volverá también a San Javier —donde tantas veces dirigió la lucha campesina y obrera, la movilización por una policlínica, por el hospital, por la escuela pública— y ocurrirá idéntico fenómeno que en Paysandú. En verdad, en cualquier punto del país donde se anuncie su arribo, se verá rodeada de afecto, de cordialidad, de respeto, de mujeres —y de hombres— para quienes es un ejemplo de combatiente revolucionaria.

De las tantas anécdotas al respecto, relatemos una muy ilustrativa. Julia ha ido a Guichón. Ha llovido toda la noche, hay una enorme creciente, los arroyos desbordados no dan paso. Muchos campesinos venidos de Guichón se encuentran con que un pequeño puente sobre una cañada, está cubierto por las aguas. Algunos se lanzan a nado sin vacilar. Un sulky conducido por una mujer que trae a un anciano ciego por acompañante cruza por el puente sumergido. Es un trance dramático porque las aguas están a punto de arrastrar el vehículo con caballo y pasajeros. Conforme le dicen que han cometido una barbaridad, que cómo se atrevieron a tamaño riesgo, el anciano declara:

— Aunque me hubiera muerto ahogado, no importaba; porque para mí, la satisfacción más grande es estrecharle la mano a un miembro de la dirección del Partido.

La mujer que viaja disfrazada en un compartimiento de 1a. clase, ¿le dice en verdad adiós a los lugares donde durante siete años trabajó y luchó día por día, hora por hora? Lo del título es convencional. Ella nunca le da el adiós a nada, porque allí donde la reclame su tarea política, allí estará.

¿En qué irá pensando? ¡Tiene tantas cosas para pensar! En los hijos, en el marido, en cuándo volverá a reunirse la familia, en sus futuras tareas. Quizás recuerde los carros de harina y papa que los campesinos de San Javier enviaron en 1934 a los gráficos de Montevideo en huelga; quizás recuerde las bolsas de tejidos que los mismos enviaron para los presos argentinos confinados en Ushuaia. Quizás recuerde con emoción, éstos y otros actos de solidaridad entre los trabajadores, de internacionalismo proletario que el Partido supo promover. Quizás crucen por su memoria algunos recuerdos de la niñez. Lo cierto es que viaja, más firme que nunca en sus ideales, más dispuesta que nunca a proseguir la entrega de sí misma a la causa de su pueblo y de todos los pueblos del mundo.

UNA CARTA A JULIA

Comienza aquí una etapa de la vida de Julia Arévalo mucho más conocida —por decenas de miles de personas— y de la que existe una mucho más prolija documentación en la prensa del Partido y aun en otras publicaciones. Sería tarea verdaderamente enciclopédica seguir paso a paso sus actividades de luchadora sin pausa, y no es tal el objetivo de este libro.

Como tampoco hemos observado una línea cronológica estricta, abramos esta etapa con párrafos de una carta que recibió Julia al cumplirse, en julio de 1968, sus setenta años de edad. La carta, en su sencillez, en su acento pleno de sinceridad refleja el sentimiento de miles de mujeres hacia la destinataria, y cuenta de este modo cómo hizo relación con Julia en una conferencia sobre temas pedagógicos, en la Asociación Cristiana de Jóvenes: “Yo no conocía a nadie. Todas eran caras nuevas para mí. De pronto se me acercó una señora que, muy amablemente, inició una conversación sobre el tema que nos reunía. Me habló mucho. Tenía una conversación amena, una voz pastosa y atrayente. Me habló de cosas que yo conocía muy bien. De la explotación de los obreros, de la formación de los grandes capitales. Me preguntó por mis hijos, me habló de los suyos con tal ternura y tal confianza que me dejó encantada. Yo no sabía quién era”.

“Luego se acercó otra señora:

“— ¿Cómo está Ud. Julia?

“Julia, Julia, ¿acaso sería Julia Arévalo aquella señora tan amable que se había acercado a mí? La miré con insistencia pero pensé:

“— No, no puede ser.

“Yo la había oído nombrar muchas veces. Me había imaginado que sería una mujer alta, con voz autoritaria, voz de mando, que usaría palabras difíciles. No, aquella señora tan amable que me había hablado tan suavemente de cosas tan distintas y muy especialmente de mis hijos y de sus hijos, no podía ser Julia Arévalo”.

“— ¿Usted es Julia Arévalo? —me atreví a preguntarle”.

“— Sí, ¿por qué?

“— No sé por qué. Me parecía imposible que Ud., fuera la que yo había imaginado. Ud. me ha hablado de mis hijos, de sus hijos, y yo creía que una comunista no se ocuparía de esos pequeños detalles”.

“— ¡Pequeños detalles ha dicho Ud.? Pues esos detalles son lo esencial en la mujer, y yo, como buena comunista que soy, amo a mis hijos, a mi compañero, tanto como a mi Partido. Porque sabrá Ud. que en el comunismo se busca la unificación de la familia, de modo que el hogar forma parte de la vida misma de un comunista. . .”

“Yo quedé absorta ante esas palabras. Me habían dicho que el comunismo deshacía el hogar, que las comunistas eran insensibles al amor familiar y yo, yo que quería tanto a mis hijos, a mi

compañero, a mis hermanos, no podía aceptar una teoría que destruyese precisamente aquello que yo tanto quería. Así que las palabras de Julia me hicieron pensar en el comunismo como la salvación de una sociedad en aquellos momentos tan desquiciada”.

“— Oiga Ud. ¿No quisiera empezar a luchar por la salvación de una patria que está amenazada por una gran fuerza regresiva, por el fascismo? —me dijo Julia—. En estos días estamos reuniéndonos para formar una Comisión de ayuda al niño español. Venga Ud. a nuestras reuniones y verá una realidad que la va a entusiasmar”.

“Acepté y concurrí a la reunión. De allí en adelante tuve una militancia activa en las radios, en los actos callejeros, en la formación de nuevos comités. Al mismo tiempo estudiaba y leía numerosos libros de marxismo-leninismo y cada vez me iba entusiasmando más. Encontraron que yo tenía facilidad de palabra y que podía hacerme cargo de audiciones radiales y así lo hice. Cada día emprendía una nueva campaña de ayuda, y siempre junto a Julia, con su consejo, con su crítica, con su ardor y me fui forjando una mujer de lucha”.

“Luego cayó España traicionada. Sufrimos mucho su caída pero seguimos luchando hasta que en 1940 se inició la segunda guerra mundial, una nueva traición a los pueblos que tuvimos que afrontar. Bajo la dirección de Julia formamos un grupo de mujeres la UNION FEMENINA DEL URUGUAY que tuvo una actuación destacadísima de apoyo a los aliados durante los cinco años que duró la guerra”.

“Yo ya estaba en el camino recto. Yo amaba al Partido Comunista con toda mi alma. Y, así como conocí a Julia, conocí un conjunto de mujeres comunistas a cual más extraordinaria. Y, como era lógico, en 1945 ingresé al Partido”.

“Desde ese día sigo a Julia en su trayectoria de luchadora. Paso, a veces, mucho tiempo sin verla, pero siempre tengo el recuerdo de su palabra y de su ejemplo”.

“Han transcurrido 32 años desde que nos vimos por primera vez en el salón de la Cristiana de Jóvenes y aún estoy a su lado”.

“Querida Julia, cumples hoy tus setenta años. Has realizado tus sueños, has llevado a miles de mujeres a tu ideal comunista, tienes ya nietos grandes pero sigues siendo la misma mujer dinámica que conocía hace años”.

“Tú elegiste y sabes cuál es tu camino. Feliz de tí, querida Julia. Sigue así que nos haces mucha falta”.

UNA MARCHA DE DOS MIL MUJERES

Ese año 1935, en que Julia se radica en Montevideo por disposición del Partido, continúa la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, provocada por los intereses encontrados de los monopolios petroleros británicos y norteamericanos. Hitler ha asumido el poder en Alemania en 1933, el rearme corre parejo con el racismo desenfrenado y el fascismo italiano desencadena su guerra de anexión contra Abisinia.

En Uruguay gozan de predicamento oficial los embajadores de Alemania e Italia, la dictadura acentúa las medidas represivas hasta abolir casi por completo el derecho de reunión. Las medidas económicas antipueblo se hacen sentir con la rebaja de sueldos y jubilaciones y el reavalúo del oro.

El Partido Comunista despliega todas sus energías en promover la unidad obrera y popular contra los designios de la reacción nacional e internacional. Así se entrelaza la lucha por objetivos nacionales con la lucha de solidaridad con otros pueblos, solidaridad siempre presente, siempre viva, siempre militante a lo largo de su medio siglo de existencia, cualesquiera hayan sido sus debilidades y errores.

Apenas llegada a Montevideo, Julia reanuda su actividad partidaria y social. Su situación está muy lejos de ser alentadora, pero ella no se arredra. La familia está involuntariamente dividida: Ju-

lia y sus hijas mayores en Montevideo, los otros hijos en Algorta y el marido también en el Interior. Roche debe fraccionar su sueldo en tres: parte para el hermano que en Algorta alberga a sus hijos menores; parte para Julia y sus hijas mayores; parte para sí mismo, que vive como un asceta.

No hay más remedio, pues, que trabajar, y trabajar duro, para el sustento. Se dedican madre e hija mayor a confeccionar discos de lencería para lustrar bronce. Pero Julia no le hace dengues al trabajo. Y estudia. Y activa.

Aparte sus tareas específicamente partidarias, participa, poniendo todo su calor, su experiencia, su ascendiente personal y político, en el apoyo a la marcha femenina que por la paz y el cese de la agresión fascista contra Abisinia se realiza en setiembre de ese año, promovida por la Unión Femenina Contra la Guerra y otras varias organizaciones políticas, sociales, religiosas, incluido el Partido Comunista. Dos mil mujeres desfilan por las calles céntricas de la urbe y a la cabeza de la procesión vemos a Julia. A un lado el acto de solidaridad con un pueblo agredido y de solidaridad con los pueblos que el nazi-fascismo conduce hacia una segunda hecatombe mundial, ese desfile abrió perspectivas para el restablecimiento del derecho de reunión dentro de fronteras.

Respecto a la preparación de esa marcha, dicen testigos inobjetables, que Julia "explicaba los hechos con una emotividad que estremecía; la gente salía conmovida, sacudida y con ánimos de colaborar en la lucha"

EN EL VIEJO ATENEO

La necesidad de romper las interdicciones del gobierno de facto en materia de libertades públicas y derechos democráticos, es preocupación de diversas fuerzas opositoras. Por eso no es extraño ver a Julia reunida con personalidades de otra extracción social y otros credos políticos —entre las que se destaca la Dra. Paulina Luisi—, en los salones del viejo Ateneo de Montevideo. El término viejo no lleva aquí sentido cronológico sino referencia al Ateneo de esclarecida, antigua tradición democrática, civilista y cultural, convertido no muchos años más tarde en centro de connotadas figuras de la reacción uruguaya y hoy en madrigueras de fascistas y matones a sueldo.

El grupo de mujeres que integra Julia Arévalo prepara un homenaje a Baltasar Brum en vísperas de cumplirse el tercer aniversario de su inmolación. Han acordado realizar una marcha al cementerio Central el día 30 y al siguiente un acto solemne en el local del Ateneo, con la presencia de un conjunto orquestal, compuesto en su mayoría por profesores de la orquesta sinfónica del SODRE, que ejecutará una marcha fúnebre. El gobierno concede autorización para ambos actos, imponiendo que la manifestación sea desnuda de consignas y en silencio; oratoria sólo en el cementerio.

En el Ateneo, el 31, habló Julia en representación del Partido Comunista. El tema "Brum como bandera de libertad" es, en sus labios, una ardiente requisitoria contra la dictadura. Realza las batallas del movimiento obrero, de las luchas del pueblo, de la unidad que reclama imperiosamente la hora. Llama a la solidaridad con el Frente Popular de España. Exalta la Cruzada Libertadora de Prestes, que en esos momentos conmovía al continente y al mundo (y más tarde sabrá la repercusión que sus palabras tuvieron en el Brasil).

El viejo Ateneo está totalmente colmado, el público se agolpa a sus puertas. Nutridos aplausos jalonan su oratoria, la gente se pone de pie en las sillas para verla. Al terminar, una ovación y abrazos calurosos de quienes mantendrían a lo largo del tiempo su profesión de fe democrática y quienes la traicionarían expulsando, en su hora, del Ateneo, a los asociados comunistas.

Gente que nunca había tenido ocasión de escucharla, admirada, preguntaba a los comunistas conocidos suyos, de dónde habrían sacado a esa oradora extraordinaria y de tanta versación. No estaban acostumbrados ni a ese tipo de oratoria ni sospechaban tales dotes en una mujer proletaria.

Se les respondía, sencillamente que en el Partido, si no de las condiciones de Julia, había muchas mujeres de capacidad, luchadoras probadas, capaces de subir a una tribuna y mantener en vilo a la audiencia, entre ellas, Bernarda Martínez, obrera del calzado.

Julia, que al comienzo de las reuniones en el Ateneo tenía sus reservas respecto a las posibilidades de actuar en común con mujeres de otra formación, de otro espíritu, de otras convicciones, de otro estilo de vida, ha hecho una nueva y fructífera experiencia.

Por supuesto, siente la satisfacción propia de la lucha, pero no se envanece. La modestia es en ella un signo sin resquicios, presente en todos los actos de su vida. Pero modestia que va siempre de la mano con la dignidad. No mucho antes de brillar en los salones del Ateneo, más precisamente a poco de llegar de Paysandú a Montevideo, está por hacer uso de la palabra en un acto de barrio. Requerida por la policía del Interior, la vienen a prender.

— Sí — responde Julia, enérgica—; pero después de hablar.

Después de hablar la conducen a la comisaría y luego a la Cárcel de Mujeres donde no le hace ascos a las sesiones de costura y bordado, experta como es en la materia. Después toca rezar.

— Yo no rezo —se niega.

— Pero vaya a la Capilla.

— Tampoco.

— La van a mandar al calabozo.

— Que me manden.

Y va al calabozo, donde no le permiten ni tejer ni leer. Recibe la comida por el ventanuco de la puerta enrejada. Así hasta que se cierra la causa contra ella.

“ESPAÑA EN EL CORAZON”

La joven República española no ha sabido proceder más drásticamente contra sus enemigos internos, confiando en el honor de ciertos generales. Para el nazi-fascismo que plantea apoderarse de toda Europa con vistas a la guerra contra la URSS, este hecho constituye un incentivo para anular el peligro que significa la República. Y así como hay generales que mantienen muy en alto su honor y combatirán hasta el fin por la República, los hay también que reniegan de él. Con la ayuda militar directa de Hitler y Mussolini y la indirecta y cómplice de la política de “no intervención” de la que el “socialista” francés León Blum es principal intérprete, los generales traidores se sublevaron el 18 de julio de 1936.

Julia se halla internada en el hospital, donde una semana antes ha sufrido una intervención quirúrgica. El médico, que la conoce, viene en son de broma a preguntar qué van a hacer los comunistas, si van a tomar el poder, si esto y aquello. Se lleva condigna respuesta. Dos semanas más tarde es dada de alta con la severa prevención de que durante varios meses debe caminar muy poco, no levantar las piernas, no subir al tranvía, no subir escaleras, so riesgo de una seria repetición de la dolencia.

Al llegar el llamamiento de Dolores Ibarruri, la Pasionaria, a las mujeres de América, en agosto de ese año, convocándolas a organizar la ayuda a la República, Julia se dice: “¿Cómo puede ser que allá el pueblo se esté matando y nosotras aquí quietas? ¡No puede ser!” Al demonio, pues, las indicaciones médicas, el peligro de recaídas. Llama a una camarada para que en su nombre hable con la Dra. Paulina Luisi y otras personas, a los efectos de organizar una reunión en el Ateneo. Camino de esa reunión, en el tranvía que se bambolea en la bajada de la calle Rivera siente que sus órganos afectados le hacen serias advertencias. Pero continúa. Frente a la interminable escalinata del Ateneo, no titubea y aunque la amenaza persiste, produciéndole escalofríos, sube y sube.

El país se halla en la gestación del movimiento de ayuda a España, el mayor movimiento de masas que ha existido en el país hasta entonces.

Durante los tres años que duró la guerra la actividad organizativa y agitativa de Julia Arévalo fue pasmosa. Prácticamente se halló en el Uruguay al frente del movimiento de ayuda a los niños y las mujeres de España, organizado y dirigido por mujeres, que era de envergadura mundial y tenía su centro Coordinador en París. Y que era parte, naturalmente, aquí, del movimiento general de solidaridad, en el que se conjugaban los esfuerzos de la clase obrera, los estudiantes, los intelectuales, las capas medias, o sea el Comité de Ayuda al Pueblo Español, cuya dirección integraba.

No hubo calle, plaza, ciudad, centro poblado en el país entero, donde la voz de Julia —y otras esforzadas mujeres— no resonase, no conmoviese, no se viese traducida en hechos materiales. El movimiento femenino uruguayo sostenía un hogar de niños en España, enviaba dinero, víveres, ajueros para recién nacidos. Las campañas por tal o cual objetivo concreto se enrababan unas a otras y el éxito era siempre creciente. La causa del pueblo español se hizo causa del pueblo uruguayo, tribuna de democracia, contribuyó al aislamiento del gobierno dictatorial, esclareció conciencias, abrió a la intelectualidad uruguaya rumbos de acción común, enlazó la labor creadora artística con los problemas políticos y sociales.

Y en todo este gigantesco trabajo la figura de Julia Arévalo ocupa un sitio de honor. Desde los puestos de dirección del movimiento hasta el más lejano comité de barrio, su actividad se multiplicó al infinito. La llamaban la Pasionaria uruguaya.

Terminó extenuada, enferma. Muy pocos sabían que esa mujer casi ubicua, capaz de estar en todas partes, realizaba simultáneamente, como siempre, todas las tareas de un ama de casa cargada de hijos y, como siempre, administrándose con exiguos recursos materiales, a partir de una sobriedad personal ejemplar en el comer, en el vestir, en el transporte, en todo. Nunca ha fumado un cigarrillo ni nunca ha bebido una gota de alcohol, así fuese para celebrar cualquier gran acontecimiento, en el país o en sus frecuentes viajes al extranjero. Nunca ha tenido otro apego material que no fuesen los libros, pero ello por su valor intelectual y espiritual. Demás está decir que tales rasgos son muy poco comunes.

LA VORAGINE

A esta altura de la vida de Julia Arévalo su actividad polifacética, el rico espectro de su militancia, el desarrollo de sus dotes de combatiente asumen a los ojos del cronista la forma de una vorágine en la que teme perderse. Caer en lo enumerativo, en lo acumulativo, llevaría miles de páginas y no haría justicia ni al lector ni a la imagen de esta luchadora, como tal tan uruguaya y al mismo tiempo tan universal, dicho esto sin hipérbole, encuadrando las palabras en el contexto histórico de nuestro pequeño país y de un Partido Comunista modesto pero aguerrido y fiel a los principios del marxismo-leninismo y a su misión revolucionaria, que actualmente cuenta con otras varias figuras de reconocida talla internacional en el plano político, en el teórico, en el sindical, en el científico y cultural. Por otra parte, ¿cómo sintetizar ese aluvión de militancia, de entrega sin renuncias ni fatigas de esta mujer?

Ha terminado la guerra de España con el triunfo de los facciosos. La única potencia que, en condiciones materiales muy difíciles, auxilió en cuanto le fue posible a la República fue, como es sabido, la Unión Soviética. El fascismo ha dado en Europa un gran paso. Pero el ejemplo, para el mundo, de la heroica resistencia del pueblo español, de las gloriosas brigadas internacionales, en cuyas filas vertieron su sangre varios comunistas uruguayos y otros fueron a parar a los campos de concentración de Francia. Una prueba más de profundo internacionalismo proletario.

A pocos meses de finalizada la guerra de España, el pacto germano-soviético desata una polémica en escala mundial. El Partido Comunista del Uruguay supo ver claro y libró una gran batalla ideológica en defensa de la actitud de la URSS. ¿No habían caído en saco roto las advertencias de

la URSS a Francia y Gran Bretaña sobre la necesidad inaplazable de forjar un frente común contra el nazi-fascismo? Mientras estos dos países fingían poner interés en las tratativas con la URSS, en verdad aguardaban que el poderío bélico teutón se volcase sobre la patria socialista. Ese era el espíritu del pacto de Munich de 1938. En vista de todo eso y a fin de ganar tiempo y prepararse debidamente, la URSS juega la carta de ese otro pacto.

La polémica abarca todos los ambientes, bulle en la calle. Y a despecho de sus múltiples, aborribles tareas en varios frentes, Julia consagra al combate ideológico su pasión comunista, entraña proletaria, su inteligencia, su amor a la Unión Soviética.

Integra los movimientos antifascistas y participa en sus campañas por todo el país. Organiza con otras camaradas la Clínica de la Mujer Trabajadora, que al principio lleva su nombre. Es ya miembro del Comité Ejecutivo del Partido y forma parte de su secretariado, lo que supone tareas de la más alta responsabilidad. Cruza por primera vez la cordillera de Los Andes para asistir como delegada fraternal al XII Congreso del Partido Comunista de Chile y recibe allí inolvidables testimonios de admiración y cariño por parte del proletariado y del Partido del gran Recabarren. Imaginemos por un instante su trance emocional cuando es nombrada madrina de la Federación de Mineros de Lota, por el voto unánime de casi diez mil afiliados. Asiste también como delegada fraternal al X Congreso del Partido Comunista Argentino celebrado bajo el signo de la defensa de la URSS y la lucha contra el nazi-fascismo, en Córdoba, la de la Reforma Universitaria ayer y la de la resistencia contra la dictadura castrense hoy. Descansa unos días en La Falda, en las sierras de Córdoba y vuelta a su país, donde la esperan las mismas y nuevas tareas. Por suerte las hijas mayores son ya señoritas y pueden hacerse cargo del hogar durante esas ausencias. Lo han aprendido desde niñas.

MENSAJE A JULIA AREVALO

Delegada del Uruguay al XII Congreso del Partido Comunista de Chile

*Salud a tí, hecha de miel y bronce,
del Uruguay azuliblanco amada,
hermana litoral de tez dorada
Julia Arévalo.*

*Sangre de montoneras jacobinas
corre en tu sangre de uruguaya pura,
y por lo mismo universal, madura
sangre fraterna.*

*Vienes de las cuchillas y los ríos
y las hondas llanuras uruguayas,
de la febril ciudad que ama las playas,
Montevideo.*

*Montevideo astral, clara fragata,
esquina de la rosa, azul desvió
de un verde mar y de un oscuro río
de espesa plata.*

*Ciudad de fluvial arquitectura
preferida del Verso y del Deporte
al Sur, al Este, al Oeste, al Norte,
celeste orilla.*

*Linda América, poderosas razas
provocaron tu cálido milagro
desde el Cerro hasta el límite del Agro,
patria de Artigas.*

*Uruguay soñador y laborioso
penetrante de quintas y de granjas,
en tu bandera de pálidas franjas
el sol alumbra.*

*Blanco de silos, rubio de colmenas,
agitado de arados, tembloroso
de rosas y de mieses oloroso,
flor de la Pampa.*

*Tierra de Herrera que adoró Varela,
Banda Oriental hermana de Argentina
pirámide de sal y arena fina,
cuenca adorable.*

*Uruguay de floridos tajamares
callejeros de luna y caña fuerte,
pendenciero y cantor hasta la muerte
y hasta la vida.*

*Dos ríos bajan por tu alegre costa
y con su antigua lengua el mar te lame,
dame el secreto de tu gracia, dame,
para cantarte.*

*Uruguay de poetas y pastores
y revolucionarios entreveros,
gloria a tí y salud a tus obreros
criollos y gringos.*

*Julia Arévalo, lleva a las orillas
del Plata ilustre fraternales voces,
un rumor de martillos y de hoces,
plumas, banderas.*

Raúl González Tuñón.

PRIMERA MUJER DIPUTADA EN AMERICA

En 1938, con la elección del general Alfredo Baldomir a la presidencia de la República había comenzado una etapa que con la lucha de las masas, desemboca en la recuperación institucional. ¡Cómo no recordar la magnífica manifestación de julio, por las libertades democráticas! Grandes luchas obreras, creación de Sindicatos y el 22 de junio de 1941, al producirse el ataque nazi a la URSS, irrumpe un poderoso movimiento antinazi de ayuda a los pueblos en combate.

La campaña electoral con vistas a los comicios de 1942, se desenvuelve en plena guerra de agresión de la Alemania nazi contra la URSS y en el curso de una vasta y pujante campaña nacional contra el nazi-fascismo, campaña en la que es obvio señalar que los comunistas se hallan en primera línea. En marzo de ese año se ha fundado la Unión General de Trabajadores del Uruguay, de la que es su secretario, su líder y máximo orientador otra figura surgida de las entrañas del pueblo, Enrique Rodríguez, que hoy ocupa una banca senatorial como representante del Frente Izquierda de Liberación. La UGT, jalón muy importante en el desarrollo del movimiento obrero, plasmó los esfuerzos que desde mucho tiempo atrás venía realizando el Partido Comunista para que aquél jugase su papel transformador de la realidad uruguaya, aventando las corrientes economistas y apoliticistas de su seno. Tanto es así que ya al constituirse la UGT declara como deber ineludible del proletariado la lucha contra el fascismo.

Es en ese escenario que Julia Arévalo figura como primer candidato a diputado en las listas del Partido Comunista. Son los del año 42 los primeros sufragios que admiten el voto femenino. Julia, con el cariño que le profesan miles de mujeres, con la confianza que se ha granjeado entre ellas —aunque no descartemos su ascendiente sobre los hombres también— ofrece una candidatura ideal. Por supuesto que esta candidatura produce conmoción. Es algo insólito, asombroso para la época. Los demás partidos si bien no en los primeros puestos, se ven obligados a introducir nombres femeninos en sus listas.

En los hechos el Partido ha puesto de relieve que su prédica a favor de los derechos de la mujer, de la igualdad entre ambos sexos no tiene nada que ver con el verbalismo feminista. Julia recorre todo el país durante esa campaña electoral. En Minas, en San Javier, en Paysandú, en Fray Bentos tendrá emotivos reencuentros con camaradas y amigos que jamás la olvidarán, revivirá las pasadas batallas. Y en otros lugares será entusiastamente recibida y aclamada.

Y es electa diputada. La primera diputada comunista de América. Y ejercerá el cargo con su valentía proverbial, con una suma de conocimientos que sorprenderá y pondrá en aprietos a más de un doctorado representante nacional, con una inteligencia cultivada en la teoría y la práctica social, siempre en contacto vivo y creador con los problemas de la clase obrera y el pueblo. En el parlamento librará una ardiente batalla por una ley de amnistía que permita a Rodney Arismendi, condenado a varios años de cárcel por aplicación de la ultrarreaccionaria ley de imprenta, retornar de Chile, donde se halla exiliado, e ingresar a la Cámara Baja como suplente que es de otro diputado comunista, que a esos efectos renuncia a su banca. Por fin es promulgada la ley de amnistía. El joven y destacado luchador comunista, hoy figura de relieve internacional, ha regresado de incógnito al país, y apenas promulgada la ley aparece en la Casa del Partido, donde se celebra el triunfo con un júbilo que Julia se complace en rememorar.

Paralela a su actividad parlamentaria, existen para Julia las partidarias, la defensa de la URSS en guerra. Ya hacia principios de 1943 la derrota de los ejércitos germanos en Stalingrado marcaba el viraje que llevaría en 1945 a izar la bandera roja de la hoz y el martillo en el mástil del Reichstag. ¿Pero antes? Julia evoca:

— Cuando el 22 de junio de 1941, hallándome en una reunión de la dirección del Partido, ya tarde de la noche, alguien nos comunica que el cable acaba de anunciar el asalto nazi a la URSS, creí que el corazón se me paralizaba. ¿Qué iba a ocurrir? Sabíamos que el pueblo soviético no entregaría su patria y sus conquistas con tan tremendos sacrificios logrados, pero entonces, a costa

de qué nuevos e inmensos sacrificios! Y luego, **qué** angustia cuando las tropas invasoras asediaron Moscú y parecía inminente su caída! Pero allí estaba el pueblo de Lenin, el Ejército Rojo y abrigábamos la certeza de que al fin vencerían.

Así fue. En la actualidad hay quienes no recuerdan —o no quieren recordar— y quienes por su juventud y falta de información no lo saben, que la victoria le costó a la Unión Soviética veinte millones de muertos y cinco mil ciudades, pueblos y aldeas arrasados. Y que salvó a la humanidad del nazismo. Y que desde el primer momento, y a un ritmo creciente, su ayuda material, política y moral a los pueblos que se liberaban, comenzó a ser, lo es y seguirá siéndolo, decisiva. Sí, hay quienes, al decir de Fidel Castro en su discurso conmemorativo del centenario de Lenin, “casi consideran una especie de crimen que exista la Unión Soviética. Y esto desde posiciones de izquierda: una deshonestidad absoluta”.

PRIMER VIAJE A EUROPA

En octubre de 1945 Julia recibe un cablegrama de Dolores Ibarruri, la Pasionaria, invitándola a participar en el congreso femenino a celebrarse en diciembre en París, a los efectos de fundar la Federación Democrática de Mujeres, de la que, hasta el presente es miembro de su plana directiva.

— ¡Cuánta emoción recibir de una mujer que se había adentrado en nuestro corazón por su heroísmo, un llamado así! —dice Julia, y añade con palabras que evidencian una vez más su característica modestia—: Me parecía imposible. Como me parecía imposible viajar a Europa.

La Unión Nacional Femenina, de la cual Julia era una de las vice-presidentas, designa una delegación compuesta por ésta, por la Dra. Blanca Labrousche y María Orticochea, entonces directora del Instituto Normal.

— El viaje en un barco francés, el “Desirade” de carga y pasajeros, demoró 28 días —dice Julia—. ¡Qué impresión al cruzar el Canal de la Mancha, surcado por barreminas y el arribo al puerto de El Havre, casi todo en escombros! Allí fue hundida una parte de la flota francesa y existía un corredor marítimo para el ingreso al puerto, para evitar el peligro de choques. Estuvimos un día entero esperando turno.

Prosigue dando testimonio de los horrores de la reciente guerra mundial, que ahora están bajo sus ojos:

— Las dificultades del pueblo francés, en todos los sentidos, eran tremendas. Los zapatos, de madera; la energía eléctrica del todo insuficiente; el transporte muy escaso; la alimentación racionada, sin carne, sin leche, sin azúcar, sin frutas. Faltaba el jabón. Y París soportaba más de cien mil soldados yanquis que gozaban de una serie de privilegios frente a la población parisina, sin contar el de la especulación en el mercado negro... Visité un hogar para niños que habían estado en poder de los nazis, algunos de esos niños eran tan pequeños que ni se acordaban de sus nombres ni de los nombres de sus padres, muertos en los campos de concentración. El hogar funcionaba en un castillo de un noble francés donde estuvo instalado un grupo de oficiales nazis que lo saquearon llevándose hasta los artefactos de bronce... Visité también un hospital habilitado para enfermos y heridos españoles que habían luchado en el “maquis” francés. Muchos de ellos habían estado en campos de concentración alemanes. Uno trabajó obligado en las montañas de Italia construyendo un túnel que por su estrechez lo obligaba a estar en una postura que le deformó la columna vertebral de manera incurable. Otro nos mostró sus piernas desgarradas en un campo de concentración por las mordeduras de los perros; tenían tan sólo la piel pegada a los huesos. Todo eso era historia reciente de la tragedia vivida por los pueblos como consecuencia de la barbarie nazi.

Julia atiende el teléfono, no sin antes pedir permiso y continúa:

— El Partido Comunista Francés había sido el alma de la Resistencia y no por casualidad el pueblo lo denominaba el Partido de los 75.000 fusilados. En una visita que hice al Partido conocí al camarada Duclós, con quien departimos un buen rato sobre los problemas que a raíz de la guerra y la ocupación nazi se le planteaban al pueblo francés. Duclós había participado en las Brigadas Internacionales en España y hablaba muy bien el español. Otro día me recibió Marcel Cachin, presidente del Partido, figura venerable, un hombre cálido, modesto, fraternal. Mucho se interesó por nuestro Partido, por nuestro país, por su clase obrera.

Luego está el París que Zola, Víctor Hugo y otros autores le habían hecho familiar a través de sus lecturas juveniles: el Arco del Triunfo, los Campos Elíseos, la Catedral de Notre Dame, el Louvre —donde, deslumbramiento sobre deslumbramiento, se queda extasiada ante la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia—, Versailles, Fontainebleau y otros sitios históricos del acervo cultural francés.

— Yo tuve la inmensa alegría —prosigue Julia— de ser invitada por el Partido Comunista Español a asistir a los homenajes que el 9 de diciembre le rendía a Pasionaria al cumplir 50 años de edad y 25 de militancia. Fueron en Toulouse. ¡Cuánta alegría, cuánta emoción conocer a esa extraordinaria mujer! Me causó una impresión enorme cuando aquella mujer hermosa, de porte imponente y con esa cordialidad y efusividad tan españolas, pronunció mi nombre como si fuésemos viejas amigas y me abrazó estrechamente. Fue ésa una de las más grandes impresiones de mi vida. Estuve junto a ella durante el desfile de delegaciones que de todos los sectores del pueblo español llegaban a ofrendarle su cariño, su admiración, su gratitud. Dos hechos quedaron profundamente grabados en mi memoria. Un hombre muy pobremente vestido (y era en invierno) entró con una valija. Era un conocido combatiente que había permanecido en la clandestinidad dentro de España. Sorteando los peligros de la montaña y la persecución franquista, había atravesado los Pirineos con la valija al brazo, cargada de frutas de su país, para que Pasionarias las gustase una vez más . . . ¡Qué prueba de afecto y reconocimiento! . . . Luego me impresionó vivamente el anuncio de que llegaba Picasso, a quien yo no conocía personalmente. Y lo vi entrar, tan sencillo en su vestimenta y en su expresión, con un pequeño ramo de claveles rojos, difícilísimo de conseguir en aquellos momentos. “Para que recuerdes las rejas españolas”, dijo al entregarle el ramo. Después hubo de hacerse una pausa en el homenaje pues Pasionaria estaba bajo una gran tensión emocional ante los recuerdos que, a través de obsequios alusivos, hablaban de su hijo Ruben que siendo casi un niño luchó en la guerra de España y luego en el Ejército Rojo, muriendo como tanquista en los accesos de Stalingrado. . . Más de dos mil telegramas recibió Dolores de todas partes del mundo y muchos cientos de valiosos recuerdos. Por la tarde, en la “Mutualité” de Toulouse el Partido Comunista Francés le rindió su homenaje, señalando el papel que jugaron los combatientes españoles que en número de 20 mil integraron el “maquis”. Allí estaban reunidos los más destacados jefes de la resistencia, Líster, Modesto y tantos otros. Cuando Pasionaria evocó sus años de militante, resaltando la acción de vanguardia del Partido y el papel del pueblo español en la guerra contra Franco, con la fuerza estremecedora de su vibrante y metálica voz, los ojos de aquellos curtidos y heroicos hombres estaban empañados de lágrimas de emoción y combatividad. Pocas veces me he sentido tan embargada de fervor revolucionario como en aquel momento.

Numerosos episodios más podrían narrarse de ese primer viaje de Julia a Europa. Me limitaré a reproducir breves líneas de una carta que la Dra. Blanca Labroucherie de Bacigalupi, envió desde Francia a la entonces secretaria de la Unión Nacional Femenina:

“Ayer Julia fue a un acto que se realizó en las afueras de París, en una importante alcaldía: la hicieron hablar y una traductora tradujo. Cuando terminó me la trajeron debajo de 20 kilos de flores, y eso aquí representa un millón de francos”.

AL SENADO DE LA REPUBLICA

A su regreso a la patria, Julia reasume sus tareas de dirección en el Partido y en el movimiento femenino, así como el gobierno de su casa. Es el año 1946 un nuevo año electoral y Julia encabezará la lista de candidatos al Senado. El término de la guerra mundial, bien sabido es, aparejará la ampliación del área de países de economía socialista y la acentuación del predominio del imperialismo norteamericano que sale enriquecido y fortalecido del conflicto frente a una URSS y una Europa Occidental semi destruidas y que para intimidar al mundo ha cometido el genocidio de Hiroshima y Nagasaki. El fuego de las decenas de miles de habanos que se ha fumado en su vida Winston Churchill es una bagatela al lado del que pone en su discurso de Fulton, en marzo de ese mismo año, llamando a la cruzada bélica contra la URSS y las democracias populares. En nuestro país, el odio antisoviético y anticomunista contaba con un episodio que no por grotesco, no por zoológico, conviene olvidar. El 2 de mayo de 1945, cuando en las calles de Montevideo el pueblo festejaba la caída de Berlín, el diario "El Día", entonces del consecuente pro yanqui César Batlle, enarbola las banderas de los países victoriosos ¡menos la de la URSS!

En ese momento, la clase obrera, con una UGT en empeñoso proceso de fortificación y ampliación, luchaba por mejores condiciones de vida para los asalariados y trabajadores en general y por prevenir los manejos divisionistas del movimiento obrero, parte del plan del imperialismo yanqui para imponer su dominio total sobre el continente.

En este clima se desarrolla la campaña electoral, aunque no se debe olvidar que muchos miles de uruguayos que comprendieron el papel histórico de la URSS en la derrota del nazi-fascismo, volcaron sus simpatías hacia el Partido Comunista. En marzo de 1947 Julia Arévalo ingresa al Senado de la República. Es la primera y única representante del Partido en ese cuerpo.

Así como bregó en Diputados por los derechos de la mujer y las clases trabajadoras en general, así lo hará desde su senaturía.

Como expresa una camarada y amiga íntima de Julia:

— La presencia de una mujer, pero además no de cualquier mujer, sino de una mujer de la trayectoria de Julia, de origen proletario, con un historial de combate opuesto al de los aristócratas y un estilo parlamentario muy ajeno al de la Cámara Alta, produjo en ésta revuelo y repulsa. Yo recuerdo en esa época, no un relato de boca de Julia, pero sí haber oído más de una vez que ella no se sentía a gusto en el Senado, aunque actuaba en él sin desmayos por estar cumpliendo una función del Partido. Creo que tuvo choques particularmente con Echegoyen. Julia envidiaba a los compañeros de la bancada de Diputados, que por lo menos no estaban solos y a quienes consideraba con más cualidades que ella, con más aptitudes para desempeñarse en las lides parlamentarias.

Pero la verdad es que pese a esa particular situación y al incremento de la guerra fría, Julia supo desempeñarse en la dura misión que le confiara el Partido, haciéndose respetar en el Senado y fuera de él por sus enemigos de clase. ¿Cuántas mujeres y hombres trabajadores desfilaron por el Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo para plantear sus problemas a la senadora comunista? Miles y miles. ¿A cuántos actos partidarios, asambleas, reuniones obreras, concurrió la senadora comunista para compenetrarse de sus problemas y ayudar con su orientación y su experiencia? Cientos y cientos.

POR LA PAZ, CONTRA EL PLAN TRUMAN

En la revista "Nosotras", de la cual fue directora durante toda su aparición, en su número de junio de 1947, al aludir al Plan Truman, dice Julia en un artículo:

"Quieren seguir oprimiendo a los pueblos, quieren seguir robando igual, obteniendo las mismas ganancias; no quieren que cada pueblo desarrolle sus riquezas, con las cuales aumentar su bie-

nestar y por lo tanto defenderse de la voracidad de los grandes trusts internacionales. Para ello desatan una campaña de odios contra la Unión Soviética, campeona y guardiana de la paz. Pretenden atacar y enlodar a los comunistas y a los sindicatos obreros para separarlos de las otras fuerzas progresistas, ya que ellos son la fuerza más avanzada y combatiente en la defensa de los intereses de las masas y de la independencia nacional. Preparan planes de expansión económica y de invasión de sus productos en nuestro mercado y hacen paralizar nuestras industrias textiles y metalúrgicas. Para imponerse, lanzan el plan Truman de militarización sobre el continente”.

Es así. En Europa, España y Grecia son baluartes fascistas que las “democracias” occidentales no quieren tocar. No todos los criminales de guerra han sido castigados en el proceso de Núremberg, y no por omisión de la URSS ni de los pueblos del mundo que reclamaron ir hasta el fin.

Para dar una respuesta de alcance mundial a los guerreristas las fuerzas amantes de la paz convocan a un congreso constitutivo del Consejo Mundial de la Paz, que se celebra en abril de 1949, y a él concurre Julia Arévalo, en compañía del escultor Armando González, representando al Uruguay. Este recuerda, entre otras personalidades de renombre mundial, a Joliot-Curie, Madame Cotton, Marie Vaillant-Couturier, Paul Eluard, Casanovas, Ilia Erenburg, el Dean de Canterbury, Alexander Fadéiev, Nicolás Guillén, Pablo Neruda, quien había hecho el viaje clandestinamente, perseguido como estaba en su patria por el gobierno del traidor González Videla, y señala que Julia ya era conocida, estimada y admirada por más de un congresista, especialmente del sexo femenino.

Una de las mayores emociones de Julia en ese congreso fue encontrarse con Alexei Meresiev, el héroe real de la novela de Boris Polevoi “Un hombre de verdad”, quien, habiendo perdido ambas extremidades inferiores como aviador en la guerra, volvió a comandar su avión con piernas ortopédicas y a caminar con ellas. Años más tarde, en Moscú, Julia experimentará la satisfacción de asistir al recibimiento que el gobierno y el pueblo soviéticos le hicieron a la cosmonauta Valentina Teresko en la Plaza Roja y luego a su condecoración en el Kremlin, y entre la hazaña de aquél y de ésta, tan distintas y en el fondo tan semejantes, la impresión más fuerte es la provocada por Valentina. Pero asimismo otra gran impresión provoca conocer a la madre de la heroica y ya legendaria guerrillera soviética Zoia.

En París, Julia lo observa todo, con su curiosidad y su interés habituales, y se encanta con las flores, las “muguets” que resplandecen en plazas y jardines.

De regreso, a causa de combinaciones que en el presente la aviación comercial ha simplificado al máximo, deben hacer una escala en Londres. El famoso “oro de Moscú” no ha acudido a la cita con ambos uruguayos y González no tiene ni para cigarrillos. Julia administra cautelosamente los mínimos recursos que le restan, y le da para que fume.

Cuando salen por fin, después de la escala en Lisboa, el avión retorna a esa ciudad, a causa de un desperfecto y la compañía los aloja en la playa de El Escorial, centro aristocrático donde Julia desentona con su aire y su ropaje de siempre, pero maldito si lo advierte o si le importa. No desentona consigo misma, preocupada por ordenar ideas y apuntes a fin de transmitir fielmente a su país los resultados del Congreso y extraer enseñanzas aplicables a la realidad uruguaya.

Allí sus últimos recursos se van en tabaco para su compañero de viaje. Y cuando reanudan la travesía, ambos con los bolsillos absolutamente vacíos, se las ingenia para que el limitado obsequio de cigarrillos que hace la tripulación a los pasajeros se duplique en el caso de González, cuando menos para despuntar el vicio.

LO IMAGINADO Y LO VISTO

El papel dirigente de Julia en cuanto tiene que ver con la felicidad de su pueblo y de los demás pueblos del mundo, se multiplica. En octubre de 1949 asiste a la primera reunión del Consejo Mundial de Partidarios de la Paz, celebrada en Roma. De allí marcha a Praga, de donde seguirá via-

le hacia Moscú a una reunión de la Federación Democrática Internacional de Mujeres. En el avión viaja a su lado una señora inglesa, esposa de un miembro de dicho Congreso. Al enterarse esta señora de que Julia se dirige por vez primera a la Unión Soviética, jubilosamente le dice:

— ¡Ud. va a vivir en el futuro!

Acto seguido le narra que estuvo el año anterior en la URSS integrando una delegación de mujeres británicas y quedó tan bien impresionada que, siendo una persona que jamás había hablado en público, luego de esta visita recorrió Inglaterra dando charlas sobre la realidad soviética.

Pero antes le están reservadas a Julia otras realidades. Las diversas delegaciones de mujeres, debido a que el mal tiempo impide la salida de aviones, embarcan en un tren que hace un día de escala en Varsovia. Y allí ve una ciudad en escombros, con sólo una parte reconstruida. "Nunca, a pesar de lo que leíamos y transmitíamos a los demás sobre la tragedia de la guerra —dirá después— alcanzamos a darlo en todo su horror. ¡Cuánto se había sufrido allí! Los nazis asesinaron a centenares de miles de judíos y patriotas en el gueto y la ciudad. Esta fue arrasada luego para no entregarla "intacta" a las fuerzas libertadoras. Las amigas polacas nos llevaron a visitar el monumento erigido en homenaje a los combatientes del gueto en el mismo sitio en que los nazis habían puesto la piedra fundamental ¡para un monumento a Hitler! Eramos como cien las delegadas y algunas lloraban. Nunca me olvidaré de que una amiga polaca dijo: "Sí, está bien que lloren, pero lo fundamental es no olvidar y luchar para que jamás esto se repita".

Luego van a visitar el monumento a los soldados soviéticos, a orillas del Vístula, por donde aquéllos entraron a liberar Varsovia. "Hermoso y sobrio, pero expresión del combate a muerte que sostuvieron los soviéticos por liberar a los pueblos. ¡Con qué recogimiento sentíamos latir nuestro corazón ante la grandeza de aquellos héroes que luego de liberar su tierra, abonaron con su sangre la libertad de otros pueblos!"

Obvio sería proseguir con impresiones de sus visitas a Europa, que Julia recogió en sus libros "Crónicas de un mundo de heroísmo", "Apuntes de viaje", "La mujer en la RDA construye el socialismo" y en múltiples publicaciones. Lo interesante, aquí, en todo caso, es destacar su pródiga imaginación para asimilar la realidad a través de lecturas y testimonios ajenos y su sensibilidad para reconocer lo que va de la imaginación a la realidad, su sensibilidad para distinguir los cambios entre una visita y otra y admirarse de ellos, su incansable disposición para cumplir, así pasen y pasen los años, los cometidos políticos y sociales que la han llevado continuamente fuera del país. Sin duda muchos ignoran que estos viajes no tienen nada de turístico, que son fatigantes, que hay que elaborar informes, participar en reuniones con horarios agotadores y que suelen durar varios días, cubrir programas intensos que dejan poco espacio para el reposo.

Sorprenden sus reservas para la emoción, para la admiración, para el trabajo, a una edad en que otros luchadores, si no relevo, piden tregua. Muy a propósito es el episodio que cuenta una camarada integrante de la delegación uruguaya al Congreso Latino-Americano de Mujeres celebrado en Cuba en 1963, que reproducimos textualmente:

"Hay un hecho muy conocido. Como en todos los congresos, las delegaciones realizan distintos actos, giras y en cada una de las oportunidades se nombra a un país para representar al conjunto. Si no recuerdo mal, había 16 delegaciones, es decir, que a veces hablaban argentinas, brasileñas o representantes de otras naciones. En esa ocasión, en la histórica ciudad de Santa Clara se realizó un mitin muy importante, de los más concurridos que presencié. Hay allí un estadio que me hacía recordar un poco al Platense, y para hablar en él en nombre de todas las delegaciones, se designó al Uruguay".

"Cuando empezó a hablar Julia el estadio fue atravesado por una corriente eléctrica. Fue imponente. Durante toda la oratoria de Julia la gente gritaba y coreaba. Y como estábamos en Cuba creíamos que la gente coreaba: *Fidel, seguro, a los yanquis dales duro*; pero no; era tanto el fervor

que Julia ponía en sus palabras, tan profunda la solidaridad con la Revolución que de ellas emanaban, tanto el entusiasmo despertado, que la multitud clamaba "*Julia, seguro, a los yanquis dales duro*".

"Por la intervención de Julia todo el mundo venía a saludar y felicitar a las delegadas uruguayas. Pero no terminó ahí el episodio. Participaban en los eventos, junto con las delegaciones, unas compañeras búlgaras, mujeres excepcionales, una de ellas, antigua guerrillera, ya de edad, que había perdido a todos sus familiares en la lucha contra el nazismo. Otra era médica, vice - ministro de Salud Pública, y como yo me desenvolvía algo hablando en ruso y ellas lo hablaban, me llamaron al finalizar el acto. Estaban tan impresionadas con la oratoria de Julia que la vice-ministro me pidió que le transmitiera, por un lado, su deslumbramiento, y por el otro su pedido, y muy encarecidamente, de que no hablase en lo sucesivo de esa manera pues pensaban que un ser humano no podía hacer un desgaste emocional tan tremendo y temían que le acarrearase consecuencias graves, que en cualquier momento su corazón no resistiese tal esfuerzo. Bueno, se lo transmití con ciertas variantes. Pero lo mismo se repitió después en otros lugares".

Que Julia haya agradecido aquella fraternal solicitud, no puede haber dudas; que la haya seguido, aún cargando más años, es más que dudoso.

LA GUERRA FRIA Y DURA

Si el anuncio de la posesión por parte de la URSS de la bomba atómica en 1949 termina con el chantaje nuclear del imperialismo norteamericano y provoca en las fuerzas sanas del mundo un suspiro de alivio, la desenfrenada carrera armamentista de los monopolios yanquis continúa, más ante el peligro que ven en el triunfo de la revolución china ese mismo año. El imperialismo presiona política, económica y militarmente sobre América Latina y desata una frenética campaña anticomunista. Se aproxima, con el macartismo, una feroz persecución ideológica dentro y fuera de los EE.UU.

Julia, que juega un papel protagónico en el movimiento por la paz en el Uruguay, ha de vivir todas las alternativas de una lucha dura, brutal, en la que la reacción acomete a todos los niveles. Personalidades de las letras, las artes y las ciencias, hasta entonces intocables, son vilmente atacadas, presionadas, en privado y por la prensa, por el "delito" de firmar un manifiesto por la paz o formular una declaración en ese sentido. Un partidario de la paz, sea cual sea su credo político, filosófico, religioso, es un comunista —y un comunista es un enemigo de la humanidad—, o si no se le pega el mote ignominioso de "cretino útil".

1951 marca el año en que en el movimiento obrero, la ofensiva imperialista se traduce en la creación de la Confederación Sindical del Uruguay, organismo amarillo que responde a la orientación de la ORIT y a los intereses de las grandes patronales.

Los primeros años de la década del 50 llevan impreso el sello de una lucha durísima. En el confrontamiento electoral del año que inicia esa década, el Partido ha perdido su senaturía y de cinco diputados queda reducido a dos. Este descenso en el plano comicial, debido a la cruzada anticomunista*, a los mecanismos de las leyes electorales (ley de lemas) y a la concepción estrecha de su línea política, no se compagina, sin embargo, con los éxitos en las campañas por la paz y la combatividad de los sectores populares, que impulsa el Partido. Si bien el imperialismo logra gran parte de sus fines, el compromiso contraído por el gobierno batllista de la 15 de enviar soldados a la gue-

* El propio embajador norteamericano, Mr. Randal, recorrió libremente el país organizando, junto con los elementos nativos más reaccionarios, bandas fascistas para atacar los actos del Partido.

rra de Corea, queda sin efecto por la combatividad del pueblo uruguayo. En 1952 se aplican por dos veces "medidas de seguridad" con detención y confinamiento de decenas de activistas sindicales, pero el movimiento obrero y popular obliga a enterrarlas.

En el centro mismo de todo este enjambre de luchas, desde la entrevista a personalidades sociales y políticas por los temas de la paz en el mundo y el zarpazo imperialista a Guatemala, hasta la tribuna del barrio más periférico, la presencia de Julia Arévalo es símbolo de combate, no sólo para la mujer sino para todos, es un nombre indisolublemente unido a la historia democrática y revolucionaria del país, por más que siga naturalmente, al frente de Unión Femenina del Uruguay, nueva organización que ha sustituido a las anteriores y que está adherida a la Federación Democrática Internacional de Mujeres.

UN NUEVO PUESTO DE LUCHA

En su XVI Congreso (1956) el Partido afirma el camino leninista que se traduce dos años más tarde en la Declaración Programática y Plataforma Política Inmediata. Al respecto dice Rodney Arismendi en su libro "Problemas de una Revolución Continental" (pág. 288):

"El XVII Congreso generalizó así en la Declaración Programática y Plataforma Política Inmediata los datos principales de la realidad uruguaya con la ayuda de la teoría y el método marxista-leninista. Procuró reunir *lo general*, los principios comunes, que nos *distinguen y definen* como comunistas, a *lo particular*, es decir, el carácter de la sociedad uruguaya, sus relaciones de producción, basadas en el predominio del latifundio y la dependencia del imperialismo, su historia política, las tradiciones nacionales que han conformado la psicología social de nuestro pueblo, la historia intelectual de la República, caracterizada por la incidencia del pensamiento democrático avanzado europeo y americano, por la laicidad, por el principismo civilista, por el reformismo universitario, por el comprobado amor a las libertades democráticas y el espíritu solidario y fraternal, expresión de un pueblo donde se amalgama el caudal de la pobreza gaucha con el aluvión democrático del inmigrante europeo. Agreguémosle la sana tradición sindical de los obreros uruguayos, mantenida siempre en lo esencial, pese a errores que es demasiado fácil señalar, dentro de una frontera independiente de clase".

En este proceso de renovación y puesta al día política e ideológica del Partido, Julia ha de sumar a sus tareas de dirección las de edil, al ser electa a la Junta Departamental de Montevideo en los comicios de 1958. Es imposible describir la ingente, pródiga, sacrificada obra que en ese cargo lleva a cabo. Reproducimos las palabras de una camarada que la conoce a fondo:

"De Julia debemos señalar que en cada una de las actividades en que el Partido la coloca, ella da siempre lo mejor de sí misma. Y no solamente cuando fue diputada y luego senadora, circunstancias que la obligaron a realizar estudios de asuntos que antes no había manejado. Como edil del Partido y luego del F.I.D.E.L., tal como corresponde a esa función, Julia recorría los barrios más apartados de Montevideo, a toda hora, en verano o en invierno, con las más altas y las más bajas temperaturas. Durante un largo período de su actuación yo estuve militando en el Cerro. Julia se hacía presente a diario, en los comités del Frente, en los comités femeninos. Iba de un lado para otro, visitaba determinados establecimientos, acudía al llamado de los vecinos de tal o cual barrio para comprobar su estado sanitario. Si en un expendio municipal afloraban problemas, ahí estaba ella de madrugada conversando con la gente, enterándose de la situación. Y eso en una etapa de su vida en que ya pasados los sesenta, de juventud sólo podía hablarse de ella en un sentido espiritual, que ésa sí no la perdió. Y con 7 u 8 operaciones en el cuerpo, a veces en mal estado de salud. Pero para ella no existe dificultad. Por ejemplo, para ir al Bajo Valencia, zona sin locomoción, a veces conseguía el auto de la Junta y si no lo conseguía, igual marchaba a pie. Y déle casa por casa, por calles sin pavimentar; un lugar "donde termina el mapa" como dicen los del Cerro. Y del mismo modo a La Boyada, como a La Paloma, Pajas Blancas, en fin, no había distancias para ella".

Otro vivo testimonio, en ese sentido:

"Julia tiene un carácter admirable. Tiene sus malos momentos, como todas las personas, debidos a la acumulación, a veces, de variados problemas; pero son pasajeros. En el curso de su vida no ha cambiado nunca. Cuando iba al Senado, cocinaba de mañana, lavaba la ropa, realizaba el conjunto de las tareas domésticas para quedar libre por la tarde. Siempre de buen talante.

Es una mujer que muy rara vez, en momentos difíciles es acompañada por alguien; tanto en Paysandú como en Montevideo, Julia anda sola, a horas avanzadas de la noche, y no es que no tenga miedo, pero lo enfrenta. Es su condición".

Por supuesto, de pronto hace un alto en sus tareas de edil y toma el avión requerida por alguna reunión o algún congreso.

En tres oportunidades visita Cuba, y así como lleva la solidaridad militante con la revolución isleña del Partido, del Frente Izquierda, de organizaciones de masas, del pueblo uruguayo, así regresa cargada de pasión por la causa de ese pueblo hermano que en las barbas del amo imperial construye el socialismo. Y difunde sus conquistas tanto desde los bellos, magníficos estrados que levantan los obreros y los artistas plásticos para las grandes ocasiones y las grandes multitudes, como en el "tête a tête" con los vecinos de las barriadas montevidéanas, pasando por los mitines zonales, las asambleas, las giras del Interior, las reuniones más variadas. Todo ello ejerciendo sus delicadas tareas de Presidente de la Comisión de Control del Comité Central del Partido, su labor rectora en el movimiento femenino, escribiendo para "El Popular", "Estudios" y otras publicaciones. Y atendiendo su casa, su familia, su esposo, sus hijos, sus nietos con una solicitud conmovedora.

UN AÑADIDO RELAMPAGO

Hemos hecho ya alguna referencia, en relación con las actividades de Julia, a la Revolución Cubana y al Frente Izquierda de Liberación. Sería redundante hablar aquí de la repercusión de la gesta cubana en América Latina y en especial en el Uruguay. Está en la memoria, en el corazón, en el conocimiento de todos la magnitud formidable de la solidaridad del pueblo uruguayo con la primer revolución socialista de América, las manifestaciones callejeras inmensas, la adhesión fervorosa a distintos niveles, las combativas demostraciones de protesta cuando el imperialismo impone a los gobiernos sumisos de América la ruptura con Cuba. Hay que remontarse, para encontrar algo semejante, a la época de la solidaridad con España Republicana, con la advertencia hecha anteriormente de que se trata de dos coyunturas históricas distintas.

En cuanto a la constitución del Frente Izquierda de Liberación, en 1962, vale la pena recordar que se produce en un clima forjado por la nueva orientación política y táctica del Partido, trazada a partir de 1955, que lo ha fortificado, ha contribuido al desarrollo del movimiento sindical y de masas siguiendo una justa política de alianzas. Clima ése que la Revolución Cubana hace, indiscutiblemente, más propicio.

Julia, que ha participado activamente —no se le conoce otra forma de participar— en la elaboración de esa política, es nuevamente electa en los comicios de noviembre de 1962, a la Junta Departamental de Montevideo, en representación del F.I. de L., que obtiene una significativa victoria contra muchas erradas predicciones. En tal calidad, no sólo despliega la increíble, ecuménica labor en los barrios de la capital de que se da cuenta en las páginas precedentes, sino que también, desde luego, y como antes, libra en el seno de ese organismo comunal su batalla cotidiana por el pan de los trabajadores, por la justicia social, por la democracia, por la cultura, por la independencia y la soberanía del país. No hay acción imperialista, dentro o fuera de fronteras, que no anatematice con el vigor y la pasión que son rasgos inherentes a su personalidad.

Pero no podemos soslayar que desde el comienzo es el resorte movilizador, junto a otras valiosas figuras, del Comité Femenino de la nueva organización política. En el presente, como ayer, las mujeres la rodean, pendientes de su saber político, de su prosa amena en los paréntesis del trabajo, de sus comentarios sobre tal o cual pieza teatral, de su consejo sobre un asunto particular. Lo cual no quiere decir que los varones sean ajenos al influjo de su verbo político y su calidad humana.

LA FAMILIA Y ALGUN SECRETO

En puridad, la familia de Julia se extiende mucho más allá de los lazos de parentesco que la unen a sus seres más próximos. Tiene en el cariño, la estima, la consideración de la masa de integrantes del Partido y del Frente Izquierda, de la clase obrera y de un sinnúmero de gente, una inmensa familia. Esta familia rebasa las fronteras de su patria. Dondequiera que dirigiese sus pasos encontraría un hogar, dicho esto en el sentido literal de la frase.

Pero este capítulo, en este aspecto, quiere referirse a los lazos de sangre, y aunque parezca que en el curso de estas páginas hay en tal rubro bastantes referencias, faltan algunas sin las cuales nos quedaríamos a medio camino.

"En Paysandú, cuando vivíamos en la Casa Vieja —cuenta su hija mayor—, en la época en que ocurrió lo de San Javier y éramos niños, mi madre nos tenía educados en la inexistencia de los Reyes Magos. Pero eso aparte, juzgaba que un niño no puede entender que el día de Reyes los otros reciben juguetes y él no, que eso lo haría sufrir. De modo que aunque éramos pobres, ella se las arreglaba para que tuviéramos muy lindos regalos".

"Estando con Julia en cualquier parte del Uruguay o fuera de él, esta mujer tan vigorosa frente a las masas —relata otra camarada—, impresiona por su preocupación y su ternura por sus hijos y sus nietos. Una vez, en Europa, adquirió una guitarra para una de sus nietas, que cumplía años. Hizo viajes en ferrocarril, en avión por media Europa, con la guitarra a cuestas y apareció al final con ella en Montevideo. Otra vez, de regreso de Cuba, cuando se viajaba vía México, estuvimos unas horas en esa ciudad, debido al trasbordo de aviones. Julia nos encargó una tela, para regalo de otra de sus nietas, y sólo por ser Julia quien es, anduvimos corriendo en busca de la tela, de tienda en tienda, con miedo de perder el avión dado el escaso tiempo de que disponíamos. Y Julia trajo ese regalo de cumpleaños. Así es con sus hijos y nietos, el regalito no puede faltar, no nos hubiese perdonado".

"Hasta el día de hoy, estando en el país, Julia jamás faltó al cumpleaños de alguno de sus hijos o nietos, que son diez —manifiesta otro camarada—. Jamás dejó de llevarles un obsequio, nunca se olvidó de dejar algún juguete de Reyes, nunca dejó de visitarlos y atenderlos cuando están enfermos, siempre encontró la manera de ayudarlos, por más ocupada que estuviera, por más urgentes que fuesen sus tareas partidarias, y sin desmedro de éstas. Julia nunca ocultó que el Partido está por encima de todo; sin embargo, ninguno de sus hijos o sus nietos puede reprocharle que a causa del Partido dejara de atender sus deberes familiares. Aún ahora, cuando su compañero está enfermo y necesita atención permanente, que Julia le brinda, cada ocasión en que ha surgido la necesidad de que salga al exterior, la familia, que la quiere y respeta muchísimo, la ha sustituido, turnándose, para permitir a su madre y abuela cumplir sus cometidos partidarios".

"No quisiera pintar un cuadro idílico —añade ese camarada—. Todo se logra a fuerza de entereza política y moral, de predicar con el ejemplo, de plantarse firme, de no hacerse ni hacer concesiones. Es saber encontrar el equilibrio entre el Partido, la militancia social y el hogar y la familia".

Luego añade algo que cuantos visitaron a Julia en los últimos años pueden atestiguar:

"Otro de los rasgos de Julia es su desprendimiento absoluto de todo lo que sean bienes materiales. No tiene casa propia. Podría tenerla, porque el esposo fue empleado público durante 40 años y la Ley Serrato le hubiese permitido construirse una casita. Pero no la utilizó. Julia adquirió una heladera hace apenas dos o tres años. Si compró un modesto televisor, muy barato, de ocasión, porque para más no disponía, fue para recreo del esposo al enfermar éste. Toda vez que alguien hizo alusión a su falta de comodidades, ella ha respondido que nunca vivió mejor, que siempre ha vivido así, que los pobres no viven de otro modo, y ha reído de buena gana".

Por nuestra parte podemos añadir que ha reído ante la ingenuidad, tocante nada menos que a ella, de dicha alusión, pero sin el menor espíritu de censura hacia aquéllos que no esperan setenta años para dotar a su hogar de una heladera y un televisor o edificar, si pueden, su casa propia. Es una mujer altamente comprensiva, sin vanidades, sin envidias, sin celos, sin rencores, que sabe reír ante ciertos contrastes. Ella misma cuenta, con una media sonrisa estampada en el rostro, que en una oportunidad de las tantas en que le tocó ir presa, pasó una noche de calabozo, en compañía de una prostituta joven. Horas le habló a la joven sobre el origen social de la prostitución, sobre la dignidad del trabajo por modesto que sea, instándola a cambiar de vida, a transformarse en una mujer respetable capaz de fundar un hogar y experimentar los goces y las satisfacciones de la familia. La muchacha la escuchó todo el tiempo, en la oscuridad de la celda. Cuando Julia, en vista de tanta atención, muy esperanzada en el efecto de sus palabras, feliz de haber aprovechado en una buena obra las horas de encerrona, le preguntó al fin qué pensaba sobre cuanto le dijera, la muchacha respondió llanamente, acompañando la frase con el ademán conocido: "Mire, todo lo que Ud. me dice, me entra por este oído y me sale por este otro".

Y Julia lanza la carcajada al rematar la historia.

FINAL ABIERTO

En los días que corren, mientras el cronista siente la satisfacción de arribar al término de su trabajo y a la par la insatisfacción de no haber hecho algo más completo y cuidadoso y la congoja de desprenderse de algún modo de esta singular figura de mujer que ha sido el centro de su atención y su labor durante varios meses, el Partido prosigue sus innumerables, cálidos homenajes a Lenin en el centenario de su natalicio y se apresta a celebrar su medio siglo de existencia.

Decir que Julia participó, en su calidad de miembro de la dirección del Partido y como marxista-leninista admiradora del genial Vladímir Ilich y de la Unión Soviética, en los preparativos de esos homenajes y luego en ellos, ¿no es decir algo que ya se sabe o que se da por sabido? Quizás, en cambio, pocos sepan que, estudiosa de la obra de Lenin, su celo la llevó a releerlo, a comentar sus repasos con otras personas, porque por bien preparada que esté en ésta como en cualquier otra materia, siempre le parece poco.

Decir que Julia comparte las tareas preparatorias de la celebración del quincuagésimo aniversario del Partido y que luego la veremos, como uno de sus cuadros fundadores, prodigarse en las tareas organizativas concretas y elevar su voz emocionada en las tribunas, ¿no es decir algo que ya se sabe o se da por sabido? Quizás, en cambio, no muchos conozcan el celo que pone en repasar materiales y exigirle a su memoria el máximo rendimiento a fin de conferirle a las verdades la pureza, la fuerza, la penetración capaces de transformar conciencias y entonar voluntades. Pues para ella no basta cumplir; hay que cumplir con fe, con inteligencia, con amor.

Aun no ha sido llevada al libro la historia del Partido Comunista de Uruguay, pero de lo que podemos estar seguros es de que la imagen de Julia Arévalo es inseparable de su medio siglo de vida, es inseparable de tan largo, esforzado y limpio combate.

El Partido puede enorgullecerse de ella, que tanto ha contribuido a formarlo, y ella del Partido, que a su vez tanto hizo para formarla, en una interacción dialéctica no muchas veces lograda con tal acierto, tal fortuna.

¡Cuánto ha realizado el Partido en estos cincuenta años de batalla, de sacrificio, de abnegación, pero también de hidalguía, de dignidad, de intransigencia por forjar la fuerza social de la revolución uruguaya! ¡Cuánto se ha avanzado, cuántos yerros han quedado atrás, particularmente en los últimos tres lustros! La Confederación Sindical del Uruguay, otrora fuerte organización amarilla con importante gremios en sus filas, hace tiempo que dejó de existir, y no por falta de dólares en sus arcas. Organizaciones de entes estatales claves de la economía nacional con muchos miles de obreros, como la Federación ANCAP y la AUTE, antes dirigidas por los respectivos directorios para servir los intereses foráneos y oligárquicos, hoy son pilares de la Convención Nacional de Trabajadores, que ha unido al proletariado uruguayo en un sólido bloque clasista capaz de salir robustecido, como salió, de la durísima represión de los años 68 y 69. En el estudiantado la corriente predominante del tercerismo, que equiparaba al imperio norteamericano con la Unión Soviética y enfrentaba a la oligarquía del mismo modo que al movimiento obrero clasista, es ya un recuerdo.

Se dice que el viejo Uruguay ha muerto, o que agoniza, y que nace un nuevo Uruguay. El viejo Uruguay ha muerto o agoniza con las "medidas prontas de seguridad" que se perpetúan desde 1968, con la enajenación al F.M.I., la entrega de los resortes básicos de la economía, la atomización de los viejos partidos Blanco y Colorado, el desconocimiento de la autoridad parlamentaria, el asesinato de estudiantes. Bien. Pero el nuevo Uruguay no nace de la nada, no es un fenómeno de autogestión; ni tampoco producto de la resistencia y la lucha de estos días exclusivamente, por más que saludemos esa lucha y esa resistencia admirables. Se apoya en el movimiento obrero organizado, en las luchas populares, en el combativo movimiento estudiantil, en la mentalidad progresista y de izquierda de los intelectuales, en el espíritu democrático de un pueblo que hoy opone a la imagen declamatoria y anodina de Artigas engendrada por la burguesía, la imagen del Artigas revolucionario que repartió tierras a los desheredados y fue el campeón del auténtico federalismo americano.

En estos cimientos del nuevo Uruguay, en vano sería no reconocerle al Partido Comunista un sitio de honor. Como en vano sería no reconocerle que fue el primero en anunciar la muerte del viejo Uruguay.

De este Uruguay naciente el nombre de Julia Arévalo es indivisible. Por este nuevo Uruguay viene peleando desde los lejanos días en que, niña aún, la fábrica bajo el capitalismo le mostró sus fauces de tarasca y, en vez de dejarse devorar, se revolvió colérica y decidió lo contrario; luchar contra la explotación. Nada más extraño a un acto de salvación individual, de fuga; nada más afín a un acto de esencia social, de solidaridad proletaria. Y para ello hizo opción por las ideas de retón, por el socialismo y el comunismo. De por vida y dispuesta a dar la vida. Por este nuevo Uruguay y por nuevas patrias para todos los pueblos oprimidos del mundo, solidaria hasta el hueso, ha venido combatiendo durante casi sesenta años, niña, joven, madre, abuela y, si la suerte no resulta esquivia, bisabuela.

Semejante entrega, sin reconocer dificultades, sin rechinar de dientes, dándole la espalda a los males de salud, armonizando agobiadoras tareas políticas y sociales con aquellas insustituibles en el ámbito familiar, no debe admitir muchos paralelos. Si resulta conmovedora esa entrega, es por ejemplar, en una mujer que jamás reclamó ni sintió necesidad de admiración ajena, sino necesi-

dad de persuadir; de movilizar, de organizar las batallas contra la miseria, la opresión, el oscurantismo, la alienación del pueblo trabajador; en una mujer que a sus 72 años no mira hacia atrás con nostalgia ni melancolía, sino eslabonando las piezas de innumerables lides en su proyección hacia el presente y el futuro, o sea plantada en el presente y el brazo tendido al porvenir, inamovible en su fe y su confianza en su pueblo y todos los pueblos hermanos de la tierra, en su convicción de que ellos constituyen la imprescindible fuerza revolucionaria que acabará con el imperialismo y el capitalismo.

Cuando ciertas corrientes con antifaz de marxistas intentan entre otras aberraciones filosóficas, contrabandear en la izquierda nacional una especie de generacionalismo mesiánico según el cual las fuerzas clásicas de la revolución han periclitado y serían las huestes juveniles exclusivamente las ungidas con el liderazgo y la práctica de la transformación social, la silueta de Julia Arévalo se yergue como un torreón para desmentirlas. Y con ella, la de miles de combatientes, conocidos o no. Porque en la acción anónima de millares de comunistas, en su abnegación diaria, en la tarea gris como en el cometido peligroso, en la perseverancia de sus ideales radican la verdad y el poderío de la causa del Partido, libre asociación de hombres y mujeres de cualquier edad unidos por el amor a la patria y a la humanidad y por la teoría científica del marxismo-leninismo. Partiendo de esta comunión política e ideológica, ¿qué más pródigo engarce que el de las energías, el arrojo, el ímpetu juveniles con el conocimiento y la experiencia de la madurez y de la edad más avanzada? Dicho esto sin hacer deslindes esquemáticos de prendas y atributos que la práctica demuestra acumulables.

Si la calle sigue siendo decisiva para el combate, como lo es, bien podemos evocar a Julia en la marcha femenina organizada por el Movimiento por las Libertades Públicas durante los momentos más duros de las "medidas prontas de seguridad". ¿Que sus piernas no están para una caminata? ¡Y qué! Caminará contra sus piernas, caminará sin piernas. Porque no concibe hallarse ausente. Y ahí va, rodeada por obreras, por amas de casa, por mujeres de profesiones liberales, que se disputan su compañía, su palabra, su consejo y aspiran a mirarse en el espejo de su entereza. Y cuando la policía ataca con gases lacrimógenos a esa multitud de madres, hijas y abuelas, ¿qué? Julia no piensa en salvar sus ojos y sus pulmones, que ya no están para soportar los gases, sino que se sienta en las escalinatas de la Catedral, dando el ejemplo de la resistencia.

Y no es por añadir un ceremonial simpático que en el Congreso de la Unión de la Juventud Comunista se le hace entrega de la bandera de esa organización. Es que los jóvenes se miran en ella y ella se mira en los jóvenes. Y si en esa oportunidad su corazón desbordó de alegría, del orgullo del luchador, ¡qué terribles amarguras ha debido soportar en contrapartida! Porque están los muertos, los heridos, los torturados, los encarcelados. Su casa se halla a cien metros de la Universidad. ¿Cuántas veces bajó las escaleras para acudir a los enfrentamientos de los estudiantes con la policía? ¿Cuántas veces y con qué intensidad sintió no ser físicamente joven para estar, no *junto* a ellos, pues lo está, sino *entre* ellos? No es exagerado afirmar que cada muerte laceró su corazón de madre, que se carga de silicios ante el peligro mortal a que están expuestos los jóvenes estudiantes en su lucha por defender la democracia y la autonomía de las distintas ramas de la enseñanza.

En una de esas ocasiones en que descendió las escaleras de su hogar para dirigirse a la Universidad, todo el Uruguay estaba de duelo: la policía había asesinado a Líber Arce, primer mártir estudiantil en nuestra patria. El velatorio se realiza en el recinto universitario y allí va Julia, con el pecho traspasado de dolor —y de rabia—, a confundirse en un abrazo con la madre del joven comunista muerto. Pocos seres humanos podrán como ella hacer suyo el dolor de una madre ante el cadáver de su hijo. Sólo así no se experimenta una amarga impotencia. Sólo así sirven de consuelo las frases alusivas a la inmortalidad en la memoria de los vivos, de los que se inspirarán en su ejemplo.

Esa es Julia Arévalo. Ese es un corazón de revolucionario. No insensible al dolor ajeno (aunque no podía serle nunca ajeno), sino profundamente sensible, íntimamente solidario. Y cuando poco después caen también asesinados Susana Pintos y Hugo de los Santos, otra vez baja las escaleras de su casa, se suma al velatorio, acompaña de a pie al cementerio los restos de la joven comunista caída en el combate.

Naturalmente, ni su corazón se encoge ni su mente pide tregua ante el pensamiento de que en la larga lucha contra la oligarquía y el imperialismo muchos patriotas tendrán que dar la vida, muchos sufrirán en las cárceles, mucho dolor aguarda. De lo contrario no sería una revolucionaria. Pero cuando el aciago instante se presenta, cuando los hechos confirman el pensamiento, allí está ella entonces, sobrellevando su pesada cuota de dolor por el caído, por el camarada, por el patriota que ofrendó su vida, y por el dolor de sus más allegados, de los más brutalmente golpeados por la pérdida. Del mismo modo, aunque su corazón no se encoja ni su mente pida tregua, en ningún instante mandará a dormir su preocupación por la suerte de los muchachos que en la calle combaten por el nuevo Uruguay naciente, ese Uruguay por el que Julia viene luchando desde los lejanos días en que, los domingos, ansiaba que el recién lavado vestido se secase pronto para poder dar un paseo o concurrir al teatro con su entrada de favor.

Por el nuevo Uruguay seguirá luchando, desde su hogar, desde sus diversos frentes de trabajo, desde su agrupación de base, a la que asiste con regularidad ejemplarizante, donde recibe anualmente su carné de comunista, donde puntualmente paga su estampilla, donde se esfuerza por lograr nuevas afiliaciones, por la educación de los camaradas, por su unidad política e ideológica.

Dejémosla ya en su brega diaria, o mejor, acompañémosla. Ahí está en su sencillo escritorio cargado de libros y folletos. Estudia. Le hace honor a la plaqueta con la efigie de Lenin. Atiende un llamado telefónico y su voz bien graduada es un cordial sonoro, pleno de humanas resonancias para quien la escucha. Sigue leyendo. Con su letra redonda, clara y hermosa hace una acotación o un apunte, ajena al estruendo del tránsito vehicular que sube de la calle y, sin embargo, atenta a cualquier ruido que revela la nota insólita, la presencia empecinada de la lucha, el apuro de cualquier semejante. Consulta el reloj y atiende al aseo de su compañero impedido, convertida en solícita enfermera. Responde al reclamo de la cocina, riega sus plantas, retoma su lectura, mira su agenda y concierta una entrevista. De vez en cuando sale de compras, en vísperas de un cumpleaños familiar, que jamás olvida, y de su propia, acendrada sobriedad saca los pesos para el obsequio infaltable mientras sonrío interiormente complacida de complacer a los demás.

Pero sus pasos asiduos son los que la llevan al Frente Izquierda, a su célula partidaria, a su Sierra 1720, la Casa del Partido, tan querida donde su pecho se ensancha ante la presencia de los camaradas, donde está su otro hogar.

Acompañémosla, que es reconfortante compañía. Acompañémosla en su trayectoria vital, en su integridad, en su devoción ilímite por la causa del pueblo. Y a su pregunta preñada de sinceridad, de inveterada modestia, de profunda esencia proletaria: "¿Pero valdrá la pena que se escriba sobre mí?", acompañen los lectores al cronista en la respuesta que aquí finaliza, y excúsenle los defectos, en honor a Julia Arévalo, a los diez años proletaria.

Agosto de 1970.

ROSAS ROJAS

PARA

JULIA

*¿Quién dijo que no estamos para rosas?
Si es ése el gran asunto de este tiempo!
Rosas creciendo.
Rosas despertando.
En los talleres rosas.
En las brigadas rosas.
Y en las calles, las
cárceles, las
torres,
rosas que suben
rosas que sonríen
rosas que estallan en los horizontes. . .
¿No vamos a la huelga
con una rosa al lado?
¿Hay algo más hermoso
que la rosa profunda
de un alma combatiente?*

*¡Sí, rosas con nosotros!
Las rosas fuertes de los fundadores
como fuerte es el pan de la justicia
como fuerte es la voz de la semilla
como fuerte es la rosa del Partido
la rosa roja de la revolución.*

*¿Qué jardín en la historia
ha dado flor más bella?
La humanidad es hoy
un inmenso jardín de rosas rojas.
Así florece el mundo en nuestros días.*

II

*Esa rosa la quiero para mí
esa rosa en el pecho de mis hijos
esa rosa en los labios de mi amada
esa lámpara tierna, ese pétalo ardiente
iluminando el alma para siempre . . .*

*La historia es una rosa milenaria
que recién ha comenzado a florecer.
Y el puño y las ideas
descubrieron por fin que son hermanos.
Las rosas y los panes
descubrieron por fin que son hermanos.*

*Y la rosa callada de la sangre
sencilla como todo juramento
amanece en el pecho de las gentes
en las canciones de los ofendidos
en las camisas de los fusilados.*

*Hoy la victoria cabe en una mano
y un beso puede ser una bandera.
¿Quién dijo que no estamos para rosas?
¿Quién dijo que no estamos para auroras?
¡Si es ése el gran asunto de este tiempo!*

*La sangre de los pueblos
es una inmensa insurrección
de rosas rojas.
¡Hoy está dando flor la humanidad!*

Ariel Badano.

Julio de 1968.

Se terminó de imprimir
el 8 de marzo de 1987

Editorial Problemas

2a. edición

